

Andres Kozel (UNAM)

Noticia biográfica sobre Benjamín Villafañe \*

Benjamín Villafañe nació en la provincia de Jujuy en 1877. Su padre, tucumano de nacimiento, también se llamó Benjamín y perteneció a la generación de los exiliados del gobierno de Rosas; tras la caída de éste se volvió una figura notable en la vida política del noroeste argentino. El Benjamín que aquí nos interesa estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires. De nuevo en Jujuy, fue defensor de pobres, profesor de historia y geografía, diputado provincial en varias oportunidades, presidente del Consejo Provincial de Educación, diputado nacional, gobernador de la provincia (entre 1924 y 1927), director del Banco Hipotecario Nacional, senador nacional (entre 1932 y 1941) y miembro del directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Con la ley electoral de 1912, adhirió al radicalismo, pero después de 1916 se volvió anti-personalista y acérrimo opositor de Hipólito Yrigoyen. Su acceso a la gobernación de Jujuy se basó en un acuerdo entre los radicales anti-personalistas y los conservadores de la provincia. En 1930 apoyó el golpe y adhirió a la fracción uriburista; posteriormente, se ligó al Partido Popular de Jujuy (vinculado con la Federación Democrática Nacional), y a organizaciones nacionalistas paramilitares. Entre sus obras deben mencionarse: *Nuestros males y sus causas* (1919); *Yrigoyen, el último dictador* (1922); *Política económica suicida* (1927); *Degenerados* (1928); *La región de los parias* (1934); *Chusmocracia* (1937); *La tragedia argentina* (1943); *El destino de Sud América* (1944). Benjamín Villafañe murió en Buenos Aires en 1952.

#### **IV. BENJAMÍN VILLAFAÑE: INMINENCIA DE LA CATÁSTROFE... ¿Y DE LA REDENCIÓN...?**

A mediados de la década del veinte se llevaron a cabo dos *Conferencias de Gobernadores*, una en Salta, la otra en La Rioja. Benjamín Villafañe, a la sazón gobernador electo de la provincia de Jujuy, fue uno de sus principales impulsores. Como derivados de esas conferencias, Villafañe dio a conocer tres libros: *El atraso del Interior* (1926), *La miseria de un país rico* (1927) y *Política económica suicida* (1927), el último anunciado como segunda parte del anterior. No carentes de rasgos específicos que de inmediato procuraremos poner de relieve, estas obras abordan en lo medular una problemática que converge con ciertas demandas formuladas por las corporaciones entonces más propensas a explorar el horizonte de la diversificación económica, con los afanes industrialistas de buena parte de la sensibilidad militar de la época, y con la insistente prédica que desplegaban, en ese mismo sentido, figuras político-intelectuales del relieve de Alejandro Bunge y Leopoldo Lugones; demandas, afanes y prédica cuya filiación debiera buscarse, como mínimo, en las intervenciones de Vicente Fidel

López, Carlos Pellegrini y varios otros durante los debates parlamentarios de la década de 1870. En *El atraso del Interior, La miseria de un país rico y Política económica suicida*, Villafañe critica de manera implacable a las doctrinas librecambistas en boga y reclama con inusitado vigor una mayor y más consciente planificación económica, capaz de contemplar tanto la protección de las industrias nacionales como la búsqueda de un equilibrio productivo y fiscal entre las distintas regiones del país. La marcada insistencia sobre esta última cuestión –la regional- dota a las producciones de Villafañe de caracteres singulares aun dentro mismo de la corriente industrialista aludida. En efecto, uno de los rasgos que más singularizan a su pensamiento se liga a su condición de *hombre del Interior*, y ello no sólo por haber nacido en 1877 a orillas del río Bermejo, sino especialmente por haber hecho tanto de la crítica al porteñismo de los sucesivos gobiernos nacionales como de la defensa de los intereses económicos de la región del noroeste ejes constantes de su prédica.

Hemos pues de examinar con atención los trazos principales del pensamiento económico villafañano. Ante todo, conviene señalar que, desde su punto de vista, la aplicación dogmática de las doctrinas librecambistas tiene como consecuencia que la Argentina importe una enorme cantidad de productos que perfectamente podría producir por sí misma. Sucede que los productos fabricados entonces en la Argentina no estaban en condiciones de competir con sus similares de Brasil, Paraguay y otros lugares, donde “no había” ley de salario mínimo, ni jornada de ocho horas, ni asistencia social obligatoria a cargo de los productores. Empero, para remediar tal situación Villafañe no propugna la derogación de esas disposiciones legales favorables a los trabajadores argentinos, sino todo lo contrario. Con insistencia señala que una protección aduanera eficaz, es decir, orientada no a ofrecer precios bajos a los consumidores, sino a defender el empleo nacional, contribuiría a “mantener a nuestra clase trabajadora en el estado de civilización que hoy enorgullece a la Argentina.” (*La miseria...*: 204) Uno tras otro refiere en estas páginas ejemplos de falta de fomento y de protección: azúcar, leña, madera, arroz, fruta, tabaco y, muy especialmente, siderurgia y metalurgia, áreas clave para alcanzar la ansiada emancipación económica. Asimismo, procura mostrar que los problemas de falta de planificación, trustificación y dependencia respecto de los especuladores internacionales también afectaban a las “industrias madres”, la agricultura y la ganadería. Contradictoriamente a lo que sostendría en muchos otros pasajes en los que, como veremos, tendería a alejarse rotundamente del tópico de la excepcionalidad del país, asegura ahora que éste, civilizado ya, no puede permitirse incurrir en el gravísimo error de buscar equiparar sus costos de producción con los de las selvas donde el obrero es un “semi-salvaje analfabeto”, aun atrapado “en la barbarie”. En sus palabras:

“El dilema, señores libre-cambistas, es éste: o se deroga toda ley de protección a la clase obrera para que los productores argentinos puedan colocarse en igualdad de condiciones a los paraguayos y brasileros, o se impone a los productores extranjeros el mismo gravamen que a los argentinos. Si se llega a lo primero, habremos decretado la barbarie y miseria perpetua del hijo del país y desterrado la inmigración

europea.” (*Política económica suicida*: 83-84)

En opinión de Villafañe, las consecuencias negativas de esta política se vuelven todavía más evidentes al considerar proyecciones referidas a lapsos temporales más amplios: con el paso de los años, la falta de protección destruiría las industrias nacionales, generando problemas de empleo y, muy probablemente, alzas en los precios ya que, al dejar de existir la competencia interna, el terreno quedaría despejado para la realización de distintos tipos de maniobras especulativas, en particular por parte de los grandes importadores. Más aun, desde su óptica, los problemas de empleo derivarían, de manera inexorable, en el resentimiento y el odio de clases, desbrozando así el camino para la expansión del comunismo y de todas las doctrinas demoledoras que buscan “destruir la civilización”.

Ahora bien, para Villafañe, la vigencia del librecambismo encuentra explicación en las tácticas de politiquería de socialistas y radicales yrigoyenistas, obsesionados por adular a las “ciegas turbas electoras” de la Capital Federal, las cuales resultaban favorecidas, en el corto plazo, con la posibilidad de acceder a productos importados a un precio más bajo al de los elaborados en el país; de este modo, el problema económico vendría a depender de la dinámica política. Ciegas turbas electoras *de la Capital Federal*: aun una lectura superficial de los escritos de Villafañe no tardaría en advertir que, paralela al horror a las masas, se despliega una rotunda condena a la política porteña. Así vistas las cosas, las propensiones demagógicas de los políticos socialistas e yrigoyenistas no serían más que la expresión más o menos renovada de un conflicto de larga data entre el Interior y el Puerto. En un pasaje que recuerda notoriamente a Alberdi, escribe:

“*Toda la vida política y económica de la República Argentina, desde el primer día hasta hoy, no ha sido otra cosa que un conflicto de intereses entre la Capital de la República y las Provincias, entre los hombres de Buenos Aires que han querido imponer y casi siempre han impuesto su voluntad en política y que en el reparto del tesoro común, se han adjudicado y adjudican la parte del león, mientras sus hermanas o soportan con resignación musulmana la fatalidad del destino o resisten los más altivos hasta donde pueden, pidiendo las más de las veces, sin resultado, que no los dejen hambrientos y desnudos.*” (*La miseria de un país rico*: 28; nuestras cursivas)

De manera previsible, tan nítida oposición espacial halla articulación con una axiología, que incluso llega a gravitar hacia proposiciones de mayor alcance, de las que por otra parte parece depender: mientras que las grandes ciudades capitales forman hombres frívolos, enervados por la fortuna y los vicios, los pueblos mediterráneos, las ciudades “de segundo orden”, conservan adecuadamente la tradición, las sanas costumbres, la austeridad y la pureza de raza. Caracterización y axiología derivan a su vez en una serie de reclamos: las provincias pobres del Interior no sólo merecen un resarcimiento por tanta injusticia acumulada sino que, de allí en

más, habrían de ser protegidas por razones de humanitarismo, equidad y conveniencia general. Es que en las provincias pobres del Interior,

“... a las que la Nación debe tanto como a las del litoral en la obra de alcanzar la emancipación y cimentar la cultura, prescindiendo de la deuda de honor que la posteridad tiene contraída para con ellas, es donde mejor se ha conservado el espíritu nacional. Aquí vive todavía el hidalgo de los primeros tiempos, sano de alma y de cuerpo: el hogar castellano, honrado, sencillo, virtuoso y romántico; el patriota que sueña todos los sueños del alma en un pueblo que ha perdido el ideal, como el Alberico de Dante, cuya alma había bajado a los infiernos, mientras su cuerpo se paseaba por las calles de Venecia; que tiene que desempeñar en los destinos nacionales el rol de la sal del mar, que evita que los océanos se conviertan en lagos inmensos de aguas muertas y pestilentes. Soñadores de hermosas quimeras, no al estilo del asceta de vida contemplativa, sino al de Sarmiento, de músculo y nervio potentes, de acción que traduce en hechos los anhelos de su poderosa fantasía. Si en los hombres, la vida debe ser ficción y realidad, es imperativo para los pueblos, vivir también en la prosa del trabajo arduo y encender en su corazón la llama de los más elevados ideales. Allí donde esa dualidad no existe, se llega fatalmente a la descomposición de las horas que precedieron la muerte de Bizancio, de Cartago o de la Roma de los Césares.” (*Política económica...*: 142-143)

En cierto pasaje que, por lejana analogía, recuerda la clásica imagen mitriana según la cual América había salvado tres veces a la Europa y a la libertad amenazadas, sostiene Villafañe que en tres ocasiones las provincias “salvaron la nacionalidad”: allá por 1820, acabando con la demagogia porteña y la idea monárquica; en 1852, contribuyendo a derribar a Rosas, ídolo de la barbarie; más recientemente, en 1921, resistiéndose a los afanes reelectoralistas de Hipólito Yrigoyen (*Política...*: 150; *La región...*: 40). De manera constante, la argumentación villafañana se apoya sobre un conjunto de oposiciones tributarias de la tradición federal argentina: si el binomio Interior/Puerto es la principal de ellas no es empero la única; a su alrededor vienen a agruparse otras, prácticamente homólogas: Provincia/Ciudad; Tradición nacional/Cosmopolitismo; Sana austeridad/Prosperidad viciosa; en última instancia, toda la serie parece responder a un binomio de mayor alcance, a saber, aquel que contrapone las esferas ideal y material. En este punto cabe notar que, a diferencia de la prédica nostálgica del “segundo” Ayarragaray, que tendía a idealizar de manera exclusiva un *tiempo* pasado, las elaboraciones villafañanas recién referidas postulan la existencia de un *espacio reservorio*, también idealizado, toda vez que conserva *actualmente e iguales a sí mismos* los atributos positivos de aquel tiempo anterior.

A partir de los títulos de las obras hasta aquí estudiadas, de algunos elementos que pueden entrecruzarse en los pasajes evocados y de ciertos señalamientos nuestros, el lector habrá advertido la presencia innegable de una suerte de *impulso tanático* (se nos disculpará el uso libre del concepto) hacia el que parecen gravitar las elaboraciones villafañanas. Consideremos con cierto detalle esta faceta, capital para nuestros intereses, no sin

aclarar que volveremos sobre ella más luego. A pesar de que las obras de Villafañe contienen extensas secciones donde se describen las medidas que habría que tomar para superar un presente visto desesperadamente como sombrío, manteniendo así relativamente abiertas la dimensión promesa y la dimensión expectativa, es imposible dejar de notar una propensión permanente a adentrarse en campos semánticos y simbólicos vinculados con los problemas de la enfermedad y la muerte colectivas. Algunos ejemplos adicionales servirán para reforzar esta constatación: para Villafañe, una miríada de industrias está sacrificada a los efectos funestos de la doctrina del libre comercio, “que yo simbolizaría como un puñal clavado en el corazón mismo de la patria, o como un caso de tuberculosis que gradualmente fuera haciendo estragos en un organismo joven.” (*La miseria de un país rico*: 95) “El país es fiel semblanza de un parálítico herido en la médula” (Conferencia de La Rioja, en *Política...*: 15-16); tal como indica el título de uno de los libros, la política económica imperante es, lisa y llanamente, *suicida*; la existencia misma de la patria está *amenazada*:

“Señores: la organización económica del país, doloroso es reconocerlo, no puede ser más absurda. Sus frutos los estamos palpando; *ha llegado hasta poner en peligro la existencia misma de la patria*. No es sólo el norte que ve dibujarse en el horizonte el espectro del hambre (...) Nuestra política económica es la rudimentaria de una colonia primitiva (...), exactamente como proceden las colonias más atrasadas de África o los pueblos conquistados de Asia. Es la política que nos obliga a vivir esclavos del extranjero (...) y a resignarnos a ser víctimas de las especulaciones de las bolsas de Londres, París y Nueva York.” (Conferencia en la Unión Industrial Argentina, en *Política...*: 226-227, nuestras cursivas)

El carácter recurrente de la apelación a este tipo de imágenes es en verdad notable: para Villafañe, el país está enfermo y desequilibrado; el pueblo argentino se ha convertido en un pueblo sin alma; la acción de los partidos políticos es análoga a los tumores que revelan la descomposición de la sangre; La Rioja y Catamarca son “dos cadáveres” y, si los poderes nacionales no protegen la industria del azúcar, la misma suerte les espera a las demás provincias del noroeste; los impuestos internos son un “cáncer”; la ineptitud de los dirigentes hace que la Argentina sea uno de los países “más atrasados de la tierra”... Además, y de manera incesante, Villafañe identifica, en cada uno de sus presentes, síntomas del advenimiento de los escenarios más sombríos: los espectros de la miseria, el hambre y la guerra social pueblan sus escritos por doquier, articulados a un tono y a un ritmo a la vez severos, inflamados e inflamables.

Pero el último pasaje transcrito no sólo permite apreciar la referida disposición. De él cabe retener, también, otros dos elementos significativos: uno, el alejamiento del tópico de la excepcionalidad argentina, imagen frente a la cual su pensamiento mantiene, como ya hemos insinuado y como tendremos ocasión de comprobar con mayor detalle, una relación oscilante y problemática; dos, y estrechamente ligado a ello, la presencia, en estado germinal, de ideas anti-imperialistas: la Argentina es descrita como un país esclavo, colonial, víctima de

especulaciones urdidas en los grandes centros de poder financiero... Cabe anticipar que estas ideas se verían considerablemente ampliadas en algunos de sus escritos posteriores, particularmente en *El destino de Sudamérica* (1944).

En el volumen titulado *La región de los parias* (1932), Villafañe vuelve a insistir sobre los mismos temas abordados en las obras hasta aquí comentadas: carácter perjudicial del librecambismo, ruina de la industria nacional, macrocefalia, explotación de las provincias más pobres en beneficio de las más ricas, etc. Sin embargo, en 1932 Yrigoyen ya ha sido depuesto; no puede seguir siendo, por tanto, el único ni el mayor responsable de los males que asolan al país. Villafañe afirma entonces que antes de la revolución de septiembre de 1930 había llegado a creer “que los hombres se habían acabado en la República Argentina” (*La región...: 121-122*), aseveración con la que saluda al proceso regenerador supuestamente en ciernes. En el mismo sentido, señala que la crisis –de la que eran responsables economistas y mandatarios- iría a terminar en “un gran acontecimiento nacional” que por fin llevaría a abrazar la protección industrial, el fomento del mercado interno y la emancipación económica, todo ello en el marco de la unión nacional: “lo que no han sabido hacer nuestros estadistas, *lo hará la desgracia*”. (*Ibid: 5*; nuestra cursiva) Reténgase esta singular imagen, donde la desgracia aparece visualizada como condición necesaria para una eventual redención futura. Más allá de esto, el conjunto de sentencias más o menos auspiciosas sobre la nueva situación política, siempre exiguas, no hacen del Villafañe de los tempranos años treinta un optimista. En primer lugar, la experiencia uriburista, con la que se identificó plenamente, se diluyó demasiado pronto; en segundo, los lineamientos generales de la política económica del gobierno que siguió a aquella continuaron irritándolo sobremanera; para él, el librecambio, aun vigente, seguía perjudicando los intereses de su región; en fin, sus continuos énfasis en lo oscuro y grave de la situación así como en la perdurabilidad de los grandes daños económicos y morales irrogados al país por los gobiernos yrigoyenistas, hicieron que su lugar dentro del campo ideológico (el de crítico implacable, consagrado por entero a la tarea de nombrar el mal) no resultara alterado, al menos en sus aspectos sustanciales.

No quisiéramos seguir avanzando en el examen del pensamiento de Villafañe sin llamar la atención sobre una dimensión que, a nuestro entender, reviste la mayor importancia. Nos referimos al tipo de materiales que conforman su elaboración intelectual y a la forma en que aparecen dispuestos y tratados. Un primer elemento a señalar a este respecto es el carácter fragmentario, iterativo-aditivo y marcadamente oral de sus textos. Es cierto que todo esto sucedía también con los escritos políticos de Ayarragaray y de Lugones: en su mayor parte, sus volúmenes de ensayos estaban igualmente hechos de conferencias y artículos más o menos breves que además, y aun en los casos en que hubiesen sido elaborados exclusivamente para la imprenta, solían conservar un nítido carácter oral, cual si se tratara de intervenciones pensadas para ser dichas frente a algún auditorio. Pero con Villafañe sucede todavía otra cosa, acaso más llamativa: sus libros no sólo están hechos de retazos

que conservan ecos de tribuna, sino también de incesantes y frondosas convocatorias, vía transcripción textual, a voces que no son la suya. Tales convocatorias son tan frecuentes que, en numerosas ocasiones, los pasajes que las albergan llegan a constituir secciones completas; tomadas en conjunto, éstas hacen a los libros de Villafañe casi tanto como sus propias aportaciones. Una interpretación cómoda, pero que seguramente tendría su parte de verdad, diría que la propensión villafañana a la transcripción de textos y discursos de otros habría de ser vista como un modo peculiar de enfrentar el problema de la autoridad discursiva:

“Intencionalmente me valgo de opiniones *más autorizadas que la mía* para pintar la situación que ofrece el país, porque todo lo transcripto lo vengo predicando en desierto desde más de diez años atrás, en el libro, la tribuna y la prensa.” (*Política económica...*, pp. 75-76; nuestra cursiva)

Sin embargo, debemos preguntarnos por la raíz y por la índole de ese problema de autoridad. Porque si es cierto que en el mundo intelectual de esos años los atributos de linaje constituyen un bien por demáspreciado, también lo es que pocos pueden exhibir las credenciales de que dispone Villafañe. Pero si es así, ¿por qué se ve constantemente en la necesidad de recurrir a voces “más autorizadas que la suya”? Varios son los elementos que parecen desempeñar un papel en relación con tal afán. En primer lugar, Villafañe defendía intereses -los de las provincias del Interior- que a primera vista aparecen como particulares; debe realizar, por tanto, un sostenido esfuerzo para mostrar que dicha defensa no es contradictoria con la de los intereses generales del país. La evocación constante de opiniones similares a la suya, emitidas por personalidades reconocidas en el ámbito metropolitano, le permitía posicionarse en un sitio adecuado para enfrentar de manera legítima una serie de críticas que insistentemente lo acusaban de parcialidad y localismo. En segundo lugar, la gran mayoría de los testimonios que transcribe (Colombo, Méndez Casariego, Bunge, Vicat, etc.) se diferencian del suyo no tanto en lo que respecta a las ideas formuladas, sino fundamentalmente en lo que atañe al tono en el que se despliegan: permanentemente inflamado y severo el de Villafañe; sosegado, cordial, hasta técnico el de los demás. Sin duda, recurrir a opiniones más temperadas que la suya podía servirle para exorcizar su fama, adquirida desde temprano, de personaje combativo y “envenenado”. De manera complementaria, y acaso más fundamental, podía contribuir a un efecto de realce por contraste: prueba de ello es que Villafañe jamás intentó desgajarse del lugar incandescente en el que solía ser situado; al contrario, siempre se jactó del carácter viril y filoso de su prédica, como si quisiera presentarse como el único que osaba decir lo que los demás sólo alcanzaban a insinuar. Da pues toda la impresión de que, en el caso de Villafañe, el recurso a la transcripción “compulsiva” responde en parte a un problema de autoridad discursiva (digamos regional), que no se agota sin embargo allí, sino que constituye, más allá de eso, toda una estrategia de posicionamiento en el campo ideológico.

\*\*\*\*\*

Poco antes y poco después de las conferencias de gobernadores de mediados de los años veinte, Villafañe dio a conocer otros trabajos cuyo principal propósito es denostar al radicalismo yrigoyenista y a Hipólito Yrigoyen, caudillo del movimiento; se trata de *Nuestros males y sus causas* (1919), *Yrigoyen el último dictador* (1921), *El yrigoyenismo* (1927) y *Degenerados* (aunque escrito en su mayor parte en 1921-22 y concebido como segunda parte de *Yrigoyen...*, fue publicado recién en la coyuntura pre-electoral de 1928, cuando concluía el paréntesis de “desahogo” alveariano). ¿Qué hemos de destacar de este conjunto de textos? Ante todo, una explícita toma de posición elitista; derivado de ella, una suerte de teoría política, articulada en torno del concepto de *chusmocracia* (tal es, de hecho, el título de una obra suya posterior); una consideración obsesiva de ciertos procedimientos e irregularidades cuestionables del primer gobierno de Yrigoyen; una visión de la historia argentina que insiste en el “carácter dual de la estirpe” e interpreta al yrigoyenismo como una encarnación de su corriente venenosa; un diagnóstico oscuro volcado sobre el presente de la enunciación, articulado hacia delante con más y más exploraciones de los tópicos de la enfermedad colectiva, de la decadencia y la muerte de los grandes imperios, del ingente castigo que podría merecer un pueblo a todas luces culpable por no saber reaccionar frente a la mentira, el fraude y el delito; en fin, ya en el tramo final de la década, una autodefensa de su gestión como gobernador de Jujuy, especialmente en relación al controvertido asunto de las concesiones petroleras.

Vale la pena considerar detenidamente cada una de estas facetas; lo haremos respetando aproximadamente el ordenamiento temático recién consignado. El recorrido nos permitirá analizar la dimensión política del pensamiento de Villafañe, así como seguir avanzando en la comprensión de su concepción del tiempo y de la historia. Para Villafañe, la inmensa mayoría de la humanidad vive en el mundo de la materia y sólo quiere “comer, beber y gozar”; la minoría angustiosa que persigue la llama del ideal es usualmente despreciada; sin embargo, la victoria final le pertenece. Esta disposición elitista impregna su pensamiento hasta tal punto que, en cierta ocasión, defendiéndose de unas críticas que lo acusaban de “predicar el odio”, evoca una sentencia de Emile Zola para trazar una tajante distinción entre el odio santo -sentido moral de las naturalezas selectas- y el odio de los inferiores, ubicados en las fronteras del instinto; de esta manera, no sólo *no* niega su odio a Yrigoyen y al yrigoyenismo, sino que procura enaltecerlo, enlazándolo con la superioridad de su alma y, más en general, con la santidad. ¿Hemos de concluir de todo esto que una clave ineludible para comprender el pensamiento de Villafañe reside en su desprecio por las masas populares? Hay algo de ello pero, a decir verdad, la cuestión es más compleja. Más que en términos de desprecio, convendría interpretar su relación con el pueblo desde la clave de la compasión. Empero, esta precisión no debe llevarnos a perder de vista, por un lado, que su mirada sobre el pueblo está atravesada por fuertes ambivalencias y, por otro, que la compasión también está hecha, acaso más que el desprecio, de irreductible distancia. Escuchémosle, teniendo presentes, en lo posible, aquellos pasajes

mitrianos referidos a la relación entre elite ilustrada y masas populares así como la intrincada concepción ramosmejiana de las *multitudes argentinas*, aspectos ambos ya examinados en el primer capítulo de nuestro estudio:

“No creáis que siento desprecio por el pueblo, el monstruo de mil cabezas que Burke llamaba ‘la chusma’, Tito Livio ‘la plebe’ y ‘la hez de la ciudad’ Cicerón, monstruo con alma y corazón de niño, como decía Víctor Hugo, candoroso, tierno y noble (...) Ese pueblo, ese monstruo inflamado por la llama misma del Eterno, es el pueblo de Buenos Aires al servicio de hombres honrados y patriotas, en la plaza de Mayo (...) Es el pueblo de Cuyo entregando a San Martín lo que tiene, para la cruzada libertadora. Es Jujuy y Salta (...); es el pueblo de todas las provincias argentinas abonando con su sangre los campos (...) ¡Pueblo! carne debilitada y enferma, que lleva en la pupila cansada, el reflejo de la miseria, de la inquietud y de la desesperanza, al fin de la jornada fatigosa de cada día: ¡pueblo! eres la eterna víctima de los que amas como apóstoles auténticos, cuando en el fondo no son otra cosa que fariseos de la vida pública, lobos rapaces disfrazados de mansos corderos!” (*Degenerados*: 111-112)

En esta misma línea de reflexión, el Villafañe del último tramo de los años veinte busca diferenciarse de la prédica antidemocrática que entonces desplegaba con vigor Leopoldo Lugones; procura hacerlo a través del establecimiento de una distinción, ciertamente problemática, entre *democracia* y *chusmocracia*. Para Villafañe, la democracia es la aristocracia de la naturaleza, el gobierno de los mejores, aunque no en virtud de la cuna, sino “de la evolución y la herencia”; por el contrario, la chusmocracia es el gobierno de los inferiores, siendo el yrigoyenismo su ejemplificación más perfecta. La verdadera democracia sólo puede existir, a los ojos de Villafañe, en aquellos pueblos donde la mayoría de los ciudadanos son “ilustrados y cultos”, como sucede entre los anglosajones; es por eso que no existe democracia en los pueblos latinos ni en los sudamericanos, de cultura invariablemente escasa. En los pueblos nuevos los gobernantes tienden a ser dictadores, aunque es posible distinguir entre los dictadores inteligentes y buenos (propulsores del progreso y la civilización) y los incapaces y malos (causantes del fracaso y hasta de la muerte colectiva); los segundos vienen a ser la maldición de la stirpe, simbolizada en el mito de Caín. Explorando una idea que ya exhibimos al estudiar el pensamiento de Ayarragaray (recuérdense sus ideas sobre la evolución del caudillismo, que en un punto indeterminado dejaba de ser violento y muscular para volverse astuto e intelectual), sostiene Villafañe que los tiranoides -que todo lo corrompen- son aun peores que los tiranos, a los que tienden a sustituir; la masa desvalida e ignorante es sugestionada por esos simuladores sin escrúpulos y, aunque víctima de ellos, acaba labrando sus pedestales. Desde esta perspectiva, Yrigoyen no es un gobernante democrático, sino un dictador malo e incapaz, un tiranoide chusmocrático, más dañino que el propio Rosas, el tirano por excelencia. Escribe Villafañe:

“Es de todo punto inexplicable, de cómo personas de talento, pueden confundir estas tiranías de la plebe,

con lo que es gobierno democrático para terminar proclamando su fracaso. En buena hora, que se acepte como necesario la dictadura de hombres superiores (...) que tiene por fin combatir y acabar con la tiranía de la canalla, de la chusma ensoberbecida, adueñada de la suerte de un pueblo (...) Pero que no se confunda como he dicho antes, la democracia, que es la aristocracia de la inteligencia y del carácter, con el imperio de la plebe instintiva, corrompida y sin cultura (...) Y que me perdone esta digresión el gran talento de mi amigo Don Leopoldo Lugones.” (*Degenerados*: 84-85)

¿Cuál es el sentido de estas disquisiciones? La pregunta se justifica porque no parece haber grandes diferencias entre las posiciones de Villafañe y de Lugones. Todo parece indicar que, en relación con el problema de la dinámica política argentina, Villafañe está mucho más cerca de la impaciencia golpista de Lugones que del evolucionismo castrado de Ayarragaray; estaríamos, por tanto, ante una falsa discusión. Desde la óptica del Villafañe de fines de los veinte, un golpe de estado quedaría perfectamente justificado, ya que, de un lado, la supresión de un tirano o tiranuelo no constituiría un crimen político y, de otro, una dictadura “buena” vendría a jugar, por definición y a diferencia de la “mala” vigente, en favor del progreso y de la civilización. Pero entonces, ¿cómo entender su afán por tomar distancia respecto de las posiciones nítidamente antidemocráticas del poeta? Tal vez ello pueda atribuirse al hecho de que, para ese tiempo, Villafañe ya se había desempeñado como gobernador *electo* de la provincia de Jujuy; muy presumiblemente, su prudencia busca preservar el valor de su triunfo electoral de 1924, del que solía jactarse: en definitiva, lo había obtenido *pese* al yrigoyenismo. Pero, además, la operación de Villafañe tiende a postular, a través de una osada petición de principio, una equivalencia entre democracia y aristocracia. Se trata de un movimiento que le permite exorcizar el temible espectro de las masas –fulgurante por esos años-, sin dejar de admirar el mundo anglosajón (en particular “la moderación británica”), y permaneciendo abierto a eventuales articulaciones con posiciones liberal-elitistas, esto es, defensoras de un voto limitado a la franja culta e ilustrada de la población. ¿Sería entonces correcto sostener que, en relación con el problema de la democracia, los puntos de vista de Villafañe mantienen, como los de Guizot y los demás doctrinarios decimonónicos, algo así como una promesa de ampliación democrática hacia adelante...? Aunque es difícil dar una respuesta unilateral a este interrogante, nos inclinamos por un *no*. Es cierto que Villafañe considera que sí puede haber democracia en aquellos pueblos que cuentan con mayorías “cultas e ilustradas”, pero no olvidemos que, aun cuando se refiere a esos casos, continúa entendiendo a la democracia como el “gobierno de los mejores”. Para los pueblos jóvenes y/o incultos prefiere Villafañe las “dictaduras buenas”, reservándoles, para un futuro de mayor cultura e ilustración, aquella democracia aristocrática y mutilada que es, en su opinión, la *única* digna de ese nombre. A través de esta estratagema, que vuelve equivalentes las nociones de democracia y de aristocracia, queda eximido de imaginar una democracia “ampliada” en un futuro signado por el supuesto avance de la igualdad. Ahora bien, más allá de esto, no resulta para nada sencillo

delinear de manera unívoca el entramado institucional de la Argentina *ideal* villafañana; entre otras razones, porque Villafañe no es un utopista ni siquiera de dedicación parcial. Es claro que algunas veces, como cuando distingue entre *chusmocracia* y *democracia*, Villafañe se aproxima a posiciones liberal-elitistas; empero, no es menos claro que en otras oportunidades embiste rabiosamente contra la dinámica parlamentaria y se revela admirador del Parlamento Económico alemán; durante los años treinta, brega por la reforma de la ley Sáenz Peña y defiende las prácticas fraudulentas en las elecciones, a la vez que reniega del calificativo de fascista, remarcando el carácter eminentemente nacional tanto de las problemáticas que encara como de las soluciones que propone... Así pues, varios interrogantes vienen a agruparse en torno a estas cuestiones; mencionemos los más importantes: ¿Cómo articular los puntos de vista liberal-elitistas y los deslices corporativos, ambos presentes en el pensamiento de Villafañe?; en el mismo sentido, ¿abogaría Villafañe por elecciones en las que sólo voten los propietarios o desearía más bien clausurar el Parlamento e instaurar nuevas formas de representación?; en términos operativos, ¿cómo se resolverían, en el marco de su versión restringida del punto de vista doctrinario, los problemas vinculados con la identificación de aquellos votantes “cultos e ilustrados” y con la selección de esas “aristocráticas minorías” gobernantes?; ¿cómo y cuándo se resolverían los problemas del pasaje de una “dictadura buena” a una “democracia aristocratizada” (tránsito análogo, aunque transpuesto en peculiar clave sustractora, al pasaje “de la república posible a la república verdadera...”) ? Naturalmente, dar un cierre definitivo a estas cuestiones constituye una aspiración irremisiblemente vana; reiteremos con todo que, en nuestra opinión, el ideario político de Villafañe está más cerca de alguna versión restrictiva de la solución doctrinaria que del corporativismo fascista en sentido estricto. Su admiración por ciertas instituciones corporativas pareciera ligarse, ante todo, con un afán por identificar aquéllos mecanismos que posibiliten que sólo los más capaces accedan a los puestos de decisión. En todo caso, antes que proceder a etiquetar a Villafañe como fascista o corporativista, nuestra propuesta de lectura se orienta a justipreciar la innegable presencia, en el núcleo de su pensamiento, de importantes elementos fuertemente vinculados a la tradición liberal-civilizatoria argentina y a la admiración por el mundo anglosajón que ha solido acompañarla. De manera que, aun cuando los cruces y desgarramientos son a todas luces intrincados, nos inclinamos a sugerir que, antes que un fascista germinal o consumado, Villafañe pareciera ser más bien una especie de doctrinario tardío y ciertamente peculiar, cuya opción consiste en sustraerle a la noción de democracia dimensiones cruciales, borrando así la promesa igualitaria que el punto de vista doctrinario “original” sabía preservar para el futuro. Por lo demás, los problemas y los cruces intrincados no se acaban con estas someras indicaciones; como veremos enseguida, el pensamiento de Villafañe está atravesado por una veta anti-moderna –no explorada hasta las últimas consecuencias, aunque de todos modos crucial-, que se superpone de manera hartamente problemática a sus disposiciones liberal-civilizatorias, viniendo a complicar aun más los esfuerzos de interpretación.

Examinemos ahora las consideraciones vertidas por Villafañe en torno al radicalismo yrigoyenista y su caudillo. Tal como hiciera Ayarragaray, llama a Yrigoyen “arquitecto de ruinas”; también lo caracteriza como mago negro, intrigante, simulador, etc. Es menester poner de relieve que, desde la óptica villafañana, el yrigoyenismo encarna la misma corriente espiritual que animó al rosismo, aunque en nuevas y más graves condiciones: significa entonces un *retroceso* de cincuenta años, que pone en grave riesgo a la civilización argentina. ¿Cómo trabaja Villafañe el tópico de la dualidad de la estirpe? En unas páginas intensas (*Yrigoyen el último dictador, Degenerados*: 63-75), establece una curiosa analogía entre el mito de Orestes y la historia política argentina y sudamericana. Allí homologa a Yrigoyen y Orestes, y postula que a España y a sus hijos espirituales -los pueblos sudamericanos-, los persigue, como a la estirpe de Tántalo, un “mal sino”. La referencia al relato clásico le permite introducir el tema de la dualidad, como una vía para resolver el problema del “mal sino”: en la historia política argentina y sudamericana el lugar de Tántalo le correspondería a España, país que, a partir de su contacto con el pendón de la media luna, “funesto engendro espiritual de la barbarie oriental”, sirvió “de cuartel general a la barbarie” y dio lugar a la aparición de figuras como las de Rosas e Yrigoyen. Huelga señalar que esta posición, que no es predominante en Villafañe, es pariente cercana de la que desplegara Ayarragaray en *La anarquía argentina y el caudillismo*, por ejemplo. Pero, como el lector habrá advertido, la analogía alberga más de un problema: si es cierto que a la estirpe de Tántalo la persigue un “mal sino” (traiciones, venganzas, tormentos) y que Orestes es un asesino, también lo es que su causa es justa y que encuentra el amparo de Apolo y la intercesión de la diosa Atena, siendo finalmente perdonado por las semideidades vengadoras de la muerte de su madre Clitemnestra. A diferencia de lo que Villafañe quiere significar acerca de los tiranos y tiranoides sudamericanos, Orestes es un héroe que tras su peripecia queda purificado y que, según algunas versiones del mito, vuelve a reinar sobre Argos a pedido del pueblo y hasta continúa ayudando a su patria después de muerto. Tal vez por esta notoria dificultad, tal vez por la renuencia a explorar a fondo el sendero del anti-hispanismo, Villafañe deja de lado esta analogía. Sin embargo, ello no significa que abandone el tópico de la dualidad de la estirpe: desde el primer momento la referencia a la tragedia de Esquilo se yuxtapone con alusiones al “mito de Caín”, el cual también posibilita una interpretación en esa clave. Pronto esta última referencia desplaza a la anterior, quedando así conjuradas, en buena medida, las complicaciones suscitadas por la introducción del relato clásico. Como veremos, en los últimos escritos villafañanos la evocación al mito de Caín se amplifica, llegando a exceder el ámbito de lo argentino y sudamericano para abarcar la realidad universal.

Pero volvamos a Yrigoyen. Si se buscara penetrar la esencia de la diatriba villafañana, habría que comenzar poniendo de relieve su estrecha articulación con un extenso inventario de acusaciones; en síntesis, Yrigoyen ha atropellado la Constitución, la autonomía de las provincias, el tesoro público, etc., todo ello en procura de perpetuar su influencia en el poder. Pero más allá de esta formulación sintética, no quisiéramos proseguir sin

llamar la atención del lector sobre el vocabulario (saqueo, tragedia, ruina, enfermedades, muerte), el ritmo (una verdadera ametralladora de denuncias), el tono (taxativo, como el de Lugones, aunque desplegado sobre una prosa menos alambicada) y las imágenes (analogías con el cuerpo humano, con la naturaleza) que emplea Villafañe al referirse a Yrigoyen. Para visualizar aunque sea en parte estos aspectos, consideremos un extenso pero rico pasaje:

“En resumen, el Sr. Yrigoyen, ha irrogado al país en la parte administrativa entre otros *daños* los siguientes: *ruina* de la industria ganadera. *Pérdidas inmensas* por su política económica en la exportación de cereales. *Muerte* del cabotaje nacional con la *ruina* del comercio en la zona llamada de la Mesopotamia Argentina. *Muerte* de la industria de la leña y la madera produciendo la miseria y el hambre de grandes zonas del país. *Languidecimiento y casi ruina* de la industria azucarera y de dos millones de argentinos que viven de ella. *Saqueo* de la mayor parte de las provincias por sus elementos incondicionales impuestos como gobernadores o Interventores que han triplicado los presupuestos y por lo tanto las cargas públicas. *Saqueo* de los ferrocarriles, aduanas, correo, casa de moneda, y demás oficinas públicas por sus satélites. *Alejamiento* de los capitales extranjeros y de la inmigración. *Saqueo* de los territorios nacionales. *Despilfarro* de la tierra pública. *Desprestigio* de la justicia, desacatada o entregada como premio a servirles sin preparación ni inteligencia. Aumento de las tarifas ferroviarias en un ciento por ciento sin mejorar la vida del obrero ni la del productor. *Empobrecimiento general* de los ciudadanos de todos los partidos, como resultado de las agitaciones políticas que ha provocado en el país durante seis años, luchas que arruinan a los pueblos, con efectos *análogos* a los de las fiebres palúdicas o la tuberculosis en el cuerpo humano. Los presupuestos nacionales, provinciales y municipales, sumaban seiscientos millones de pesos al año 1916, al hacerse cargo de la administración el señor Yrigoyen. Al bajar del poder estos mismos presupuestos se habían doblado –pasan de mil millones. *¿Cuál de nuestros gobernantes ha irrogado daños parecidos al país? (...) Qué cosa tan trágica la vida de diez millones de hombres en manos de incapaces y simuladores en los momentos más delicados por los que ha atravesado el mundo! (...) Pero no es esto lo peor. Las montañas de oro perdidas o hurtadas, pueden con el tiempo, ‘repararse’. Los daños que los argentinos no repararán jamás son los irrogados a las nuevas generaciones con el desquicio de la instrucción pública en todas sus ramas; con la perversión sistemática del alma de los jóvenes y de los niños perseguidos con tesón desde la presidencia de la República, desde el Ministerio de Instrucción y desde otras reparticiones nacionales (...) ¡Qué frutos cosechará el país de estos hijos espirituales de ‘la reparación’ y de la ‘causa’, cuyas almas se han abierto a la vida en el ambiente asfixiante del vicio, del delito y de la mentira triunfantes! Materialmente, Yrigoyen ha causado al país más daños que una guerra extranjera. Moralmente más que Rosas, porque la opresión violenta, es menos dañina para los pueblos que la subterránea.” (*Degenerados*: 50-53, nuestras cursivas)*

En relación con todo esto, hay una circunstancia sobre la que Villafañe vuelve una y otra vez: la sesión de la Cámara de Diputados del 21 de julio de 1921, de la que participó activamente, retirándose revólver en mano. En aquella ocasión un grupo de legisladores (principalmente socialistas y conservadores), entre los que se contaba Villafañe, cuestionaron unas irregularidades administrativas y solicitaron su esclarecimiento. Los reclamos derivaron en investigaciones cuyos resultados -según Villafañe, concluyentes- fueron pronto relegados a una discreta penumbra dada la política conciliatoria de Alvear. Lo que más parece haber impresionado a Villafañe no fue el calibre de las irregularidades denunciadas, ni la violenta situación que debió enfrentar al salir del Congreso, sino más bien la disposición del presidente Yrigoyen y del bloque radical (entonces acaudillado por el futuro presidente Ortíz) a obstaculizar el esclarecimiento de las acusaciones formuladas. Villafañe jamás dejó de

referirse a esa sesión y a este último aspecto. Al publicar en 1943 su libro *La tragedia argentina*, transcribiría la sesión de 1921, aduciendo que en ella quedaba probado de manera concluyente que la decadencia, la ruina moral y la podredumbre del alma argentina habían comenzado con el primer gobierno radical, y ello no tanto o no sólo por los hechos que en esa oportunidad se denunciaron, sino sobre todo por el modo en que se había pretendido impedir su investigación. Es muy razonable suponer que su eviterna la animosidad de Villafañe hacia Ortíz provino de este haz de circunstancias. También resulta razonable conceder que las acusaciones que, hacia mediados de los años veinte, le fueron lanzadas a Villafañe desde las filas yrigoyenistas -referidas en particular al asunto de las concesiones petroleras en Jujuy- tuvieron, al menos en parte, un carácter político: ya en 1921-22 Villafañe era uno de los más acérrimos enemigos del yrigoyenismo; con el paso de los años, tal condición, lejos de atenuarse, se acentuó cada vez más. David Rock (1977: 234-242), recuerda que, en la coyuntura previa a las elecciones de 1928, el tema de la nacionalización de los recursos petroleros del país se convirtió en la principal bandera programática del yrigoyenismo. Ya desde 1926 el diario radical *La Época* había iniciado una campaña contra el supuesto otorgamiento de derechos de perforación a compañías extranjeras por parte de las autoridades provinciales de Salta y Jujuy. Desde el punto de vista del yrigoyenismo, que esbozaba entonces un incipiente, parcial e inacabado viraje hacia posiciones económicas nacionalistas, el tema del monopolio estatal de los recursos petroleros parecía ofrecer una solución a largo plazo al cada vez más crítico problema de las clases medias dependientes urbanas, núcleo de su respaldo popular. Para Rock, entonces “por primera vez los yrigoyenistas tenían algo concreto en que basar su campaña, más allá de la vaga defensa de la ‘democracia’ y la ‘Constitución’” (*Ibid.*: 239). Paralelamente, un marcado y prácticamente inofensivo anti-norteamericanismo se apoderaba de los yrigoyenistas, quienes hallaban en todo esto un estandarte ideal para su campaña, ya que podían inflamar su retórica sin oponerse a los intereses de los exportadores ni del capital británico. Las acusaciones dirigidas a Villafañe tuvieron lugar en ese peculiar contexto y, como dijimos, no ha de descartarse que tuvieran, también, un componente político más específico y hasta personal. En su defensa, Villafañe sostuvo que la posición yrigoyenista respecto del problema del petróleo expresaba una concepción unitaria, demagógica y anticonstitucional acerca del manejo de las riquezas del país y que, además, las acusaciones que ponían en cuestión su desempeño eran calumniosas. En concreto, adujo que en su gestión como gobernador de Jujuy había declarado caducas las concesiones vigentes (con excepción de una que no alteraba significativamente el panorama general), que no había otorgado ninguna concesión nueva y que jamás había violado la Constitución ni las leyes. Asimismo, señaló que el tema del petróleo tal como lo trataba el yrigoyenismo era un “cuento del tío”, con el que sólo se buscaba explotar con malicia el sentimiento patrio popular. Por una parte, indicó que había algo más que curioso en el hecho de que la animosidad del yrigoyenismo frente a la Standard Oil fuera paralela a un notorio silencio acerca del papel de otras compañías más poderosas en la economía nacional y de otros

problemas más importantes para la verdadera emancipación económica del país; por otra, engarzando ahora a su discurso el tópico de la excepcionalidad argentina, se empeñó en resaltar que la Standard Oil no constituía, ni por asomo, una amenaza para la soberanía nacional:

“El argentino es hombre libre, no sólo por la raza, la tradición, la cultural y sus instituciones, sino porque lleva también una existencia digna, con la propiedad de una tierra feraz y bella, con la facilidad con que alcanza bienestar y fortuna todo el que es animoso, que lucha y trabaja. Eso no acontece en los pueblos del continente americano que se quejan de los avances y las intromisiones de los yankees. Son pueblos donde el blanco se encuentra en minoría angustiada, y donde el indígena es verdadero esclavo, una paria sin patria, porque carece de cultura, de propiedad, de bienestar, porque no conoce en una palabra la vida del espíritu en sus manifestaciones más elevadas (...) Se explica que gentes de otros continentes, confundan a la República Argentina, con países que viven cerca de la barbarie, que horrorizan la civilización con sus excesos demagógicos, levantando patíbulos todos los días por cuestiones políticas. Pero no tiene excusa que nosotros mismos nos rebajemos al nivel de considerarnos como pueblo que se ofrece en venta al mejor postor, o que existan mandatarios argentinos capaces de hacer traición a la patria (...) Por otra parte, como dice el Dr. Sánchez Sorondo, creer que la Nación no pueda defenderse de una empresa es declararla inferior a esa empresa. ¡Valientes patriotas!” (*Degenerados*: 168-169)

Como puede apreciarse, el pensamiento de Villafañe revela en relación con estos asuntos fuertes semejanzas con el de Lugones: el nacionalismo económico de ambos no se articula con posiciones aislacionistas, sino todo lo contrario. Villafañe habla de la necesidad de defenderse “con inteligencia” de los trusts, sin levantar murallas a los capitales extranjeros, porque “mientras más ricos seamos, más fuertes y más respetados seremos.” (*Degenerados*: 173) Tal vez no resulte ocioso recordar que, a causa de la polémica que se generó en torno a este asunto del petróleo, Villafañe estuvo a punto de batirse a duelo con los generales Mosconi y Baldrich. Todavía en 1944, cuando era miembro del directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), seguía insistiendo en el carácter calumnioso y políticamente interesado de las acusaciones de que había sido objeto, y en el hecho de que nadie había podido ofrecer jamás prueba alguna que pusiera en duda la honestidad y la transparencia de su gestión al frente de la provincia de Jujuy.

\*\*\*\*\*

[Nota: todavía quisiera examinar el volumen titulado *Hora obscura* (1934). Hasta ahora no he podido conseguirlo, pero será indispensable hacerlo. El libro fue elaborado bajo la “influencia” (reconocida) de *El desequilibrio del mundo*, de Gustave Le Bon que, lamentablemente, tampoco he podido consultar. Si el análisis de estas obras resultase esclarecedor en lo que respecta a enriquecer la caracterización de la concepción del tiempo villafañano

(en este caso, del tiempo *del mundo*), le dedicaría un apartado especial que iría más o menos aquí. Por el contrario, si los libros mencionados sólo reiteraran aspectos ya trabajados, optaría por referirme a ellos como al pasar]

\*\*\*\*\*

*La tragedia argentina* (1943) es, en lo fundamental, un descenso al mundo de la corrupción, de la venalidad, de los *negociados*. Villafañe exhibe allí un extenso inventario de escándalos, a los que procura interpretar a partir de sus concepciones sobre la dinámica política: desde ese prisma, aquéllos aparecen como frutos previsibles de la democracia mayoritaria o chusmocracia. Tanto tiempo después, todavía insiste en la “obra demoleadora” del presidente Yrigoyen:

“La impunidad de sus delitos de todo orden y los de la banda que lo acompañaba, han tenido como resultado la perversión de la política argentina en el orden administrativo y la falta de respeto a la ley, sepultada hoy muchos metros debajo de tierra por radicales y conservadores. *El mal ha crecido gradualmente. Hoy, la gangrena llega al corazón.*” (*La tragedia...*: 371, nuestras cursivas)

Son varios los *negociados* que atraen la atención de Villafañe en *La tragedia...*: la compra de las tierras del Palomar, la prórroga de la concesión de la Compañía de Electricidad (CHADE y su sucesora CADE); la conformación de la Corporación de Transportes; el conflicto entre gobierno y empresarios en torno al Puerto de Rosario; la apropiación ilegal de minas por parte de un gobernador de Jujuy y sus secuaces; la creación de la Coordinación de Transportes; la conversión de la deuda pública. Sin duda, uno de los *negociados* que recibe un tratamiento más pormenorizado es el de las tierras de El Palomar. El nudo de la “trama” es el siguiente: un “intermediario” compró un campo y lo revendió al gobierno, a un precio mucho mayor al que éste había pactado inicialmente con las propietarias originales, obteniéndose así una “diferencia” que fue distribuida entre quienes participaron de la operación. Algún perjudicado hizo llegar las pruebas de la maniobra a José Luis Torres, periodista amigo de Villafañe; éste, a su vez, las puso a consideración del Senado. Lo que interesa aquí es puntualizar la aportación de Villafañe en relación con el asunto. En primer lugar, deben mencionarse sus insinuaciones acerca de la responsabilidad del presidente Ortíz (a su juicio éste habría asumido, como mínimo, el papel de encubridor). Luego, es menester poner de relieve su nítida disposición a conceptuar los escándalos del momento como consecuencias directas de la democracia mayoritaria: varios debates parlamentarios aparecen transcritos en el volumen; en casi todas sus intervenciones, Villafañe toma clara distancia de las posiciones más frecuentes entre los legisladores, que coincidían en postular que las investigaciones emprendidas contribuirían a

fortalecer la vida democrática (harto cuestionada entonces en virtud de las prácticas fraudulentas en que se venía incurriendo desde los primeros años de la década del treinta). Contra la opinión de casi todo el cuerpo legislativo, Villafañe sostiene que el dogma del sufragio universal es, lisa y llanamente, el peor enemigo del país. A sus ojos, con la Guerra iría a derrumbarse un mundo: aquel basado en la mentira de la democracia mayoritaria, hija del dogma del sufragio universal; nuevamente, la intensificación de las desgracias y las catástrofes es vista como la antesala de la redención.

Durante la sesión del Senado del 26 de junio de 1940, Villafañe refirió un discurso de Getulio Vargas, en el cual éste justificaba y anunciaba la intervención del gobierno en la economía, haciendo alarde de pragmatismo y de independencia respecto de las doctrinas en boga, en particular del fascismo. En la misma dirección, se esforzó por quebrar una cadena de equivalencias que le perjudicaba, y que consideraba injusta: “Pero, desgraciadamente, el que hoy no bate el parche de la democracia moribunda, es nazista o fascista y, por añadidura, traidor a la patria.” (*La tragedia...*: 91-92) Impaciente, sostuvo: “... conviene que llegue *cuanto antes* el momento en que nuestra democracia mayoritaria se *caiga a pedazos* de puro corrompida y degradada.” (*Ibid*: 101, risas entre los asistentes; nuestras cursivas). A lo largo de esta misma intervención refirió posiciones antidemocráticas sostenidas en el siglo anterior por Lord Macaulay (de nuevo, se trata de poner de relieve la prioridad del orden sobre la libertad), y se declaró tributario del Gustave le Bon de *El desequilibrio del mundo*, especialmente en lo que respecta al énfasis en la responsabilidad de la educación laica para explicar la supuesta descomposición que vivía el orbe. En este mismo sentido, hemos de señalar que en esa misma época Villafañe exploró, al menos por momentos, un hispanismo nostálgico: así, cuestionó tanto el abandono de algunas sabias instituciones que existían en la época de la Colonia (en particular, el Juicio de Residencia y el Tribunal de Cuentas) como el afán desmedido (definido como un verdadero pecado original) por copiar instituciones inadecuadas a la realidad nacional. Según testimonio del diario *La Frontera* del 26 de septiembre de 1940, más de mil personas se dieron cita en el Prince George’s Hall para homenajear a Villafañe por su valiente desempeño en relación con el *negociado* de las tierras de El Palomar. Durante el homenaje pronunció un extenso discurso de agradecimiento. Entre otras cosas significativas, declaró: “Yo no soy representante de la Ley Sáenz Peña, sino de la malograda Revolución de septiembre...” (*Ibid*: 190). En un movimiento que, tanto por su orientación general como por su carácter vacilante, recuerda al explorado por el Lugones de la segunda mitad de la década del veinte, habló de un mundo que agonizaba, de que se asistía a un tiempo de crepúsculos y auroras y de que sólo sobrevivirían al estremecimiento los fuertes de cuerpo y alma, es decir, aquellos que supieran descifrar los enigmas del destino. Sostuvo entonces:

“Señores: los argentinos, para sortear con éxito todos los peligros, para salvar con honra de esta hora de

mentiras, de corrupción y de cobardías individuales y colectivas, necesitamos detenernos a hacer un *examen de conciencia*, -ver claro en las culpas de nuestro pasado y después hacer frente con resolución al porvenir, con la visión clara de los que nos hace falta *para redimirnos y vencer*. Nosotros, como la mayor parte de las democracias sudamericanas, caímos en el *pecado original* al día siguiente de la Revolución de Mayo, de borrar el pasado y pretender alumbrar el porvenir con luces prestadas. Ese *pecado original* ha tenido como consecuencia la mayor parte de las desdichas que nos afligen. Nos dimos una Constitución inspirada en las utopías de la revolución francesa, cuando no copia desatinada de la de los Estados Unidos (...) Hicimos un poder ejecutivo tan fuerte como si nos hubiésemos propuesto hacer de cada presidente un tirano. Esta fue obra de los constituyentes del año 1860. Incurrimos en el *pecado imperdonable* de suprimir el Tribunal de Cuentas de la Colonia y el Juicio de Residencia, instituciones tan sabias e indispensables para prevenir los excesos de los malos gobernantes (...) Me falta tiempo para poner de manifiesto muchos errores nefastos de la Constitución que nos rige. *He de limitarme a decir que todo debe ser sometido a revisión y hacerlo de nuevo*, si no queremos correr la suerte de la España roja o de la Francia que en estos instantes tiene nublados los ojos con las lágrimas que el pueblo judío derramara cuando dejara de ser nación y sus profetas fueron a lamentarse bajo los sauces de Babilonia.” (Íbid: 191-193, nuestras cursivas)

En el caso de las tierras de El Palomar el “oro extranjero” no desempeñó al parecer papel alguno, aunque sí lo hizo en la mayor parte de los otros escándalos abordados en *La tragedia...* Como nos falta espacio para considerarlos a todos, examinaremos solamente el caso de la prórroga de la concesión de la Compañía de Electricidad, enfatizando sobre un aspecto específico que reviste gran interés. Lo que nos interesa retener de todo esto es la relación establecida por Villafañe con un curioso texto que transcribió, íntegro, en su libro. Se trata de una demanda presentada en Tribunales por el señor Eugenio Regaldie, quien le reclamaba a la CHADE varios miles de pesos en concepto de honorarios por haber gestionado, entre otras cosas, la “compra” de los concejales que votaron la prórroga de la concesión por parte de la empresa. Para obtener el ansiado resarcimiento, Regaldie se esmeró en describir con lujo de detalles el *modus operandi* habitual de la compañía, esto es, una larga lista de operaciones fraudulentas y de esfuerzos sistemáticos para corromper a los concejales, todo ello con la anuencia de sus verdaderos propietarios: los accionistas de la *Société Financière de Transportes et d'Enterprises Industrielles* (SOFINA), con sede en Bruselas. Al finalizar la extensa transcripción, Villafañe exclama:

“¡Con qué elocuencia habla este documento verdaderamente histórico de la forma como intervienen en la vida de nuestra democracia los capitales extranjeros!”! (*La tragedia...*: 255)

En nuestra opinión, la extraña demanda de Regaldie constituye un texto clave para comprender el movimiento final del pensamiento de Villafañe, caracterizado por una notoria profundización de sus denuncias

sobre la entrega de las palancas de la riqueza nacional a manos extranjeras y, por tanto, de sus disposiciones anti-imperialistas. Desde Regaldie, informante involuntario aunque sumamente eficaz, Villafañe coloca estas disposiciones en el núcleo mismo de su pensamiento. En breve abordaremos en detalle esta derivación; antes parece conveniente analizar el diagnóstico que sobre la situación argentina se desprende del penúltimo capítulo de *La tragedia...*:

“Por doloroso que sea, es menester convenir en que somos *un país fracasado*, debido en primer término a las *instituciones copiadas* de otros pueblos; después a la *mala orientación de la enseñanza*; finalmente, debido a la *entrega de las principales fuentes de riqueza a capitales internacionales*, con los negociados de los puertos, vías férreas y caminos. Pero lo más grave, es que el aliento frío del materialismo (...) ha hecho de nosotros un conglomerado amorfo, sin cohesión, sin dios, ni moral, ni otro ideal que el dinero bien o mal adquirido. *En el barro del aluvión extraño, apenas alienta cual rescoldo bajo cenizas la vieja alma criolla. Lo repito: hemos dejado de ser una patria!*” (*La tragedia...*: 414; nuestras cursivas)

Como puede apreciarse, se trata de un pasaje de la mayor significación: cada vez más cerca de posiciones anti-modernas, Villafañe tiende ahora a recostarse con cierta decisión sobre actitudes no sólo nativistas, sino también decididamente nostálgicas de la vieja alma criolla y del pasado colonial:

“Nosotros, como todos los pueblos sudamericanos, hemos vivido y seguiremos viviendo en la anarquía, el fraude, la simulación y arrebatía de los dineros públicos, *mientras no retomemos el camino abandonado de las viejas Leyes de Indias*, que tan bien habían penetrado en el alma hispana y por lo tanto en la de los pueblos sudamericanos.” (*La tragedia...*: 418; nuestras cursivas)

Pero no se engañe el lector: aun en estos años es posible identificar vacilaciones, como en aquel pasaje tan próximo al precedente, en el cual, de manera desconcertante, sostiene:

“Por añadidura, en los últimos tiempos, está de moda en una cantidad de maestros y escritores, denostar a los hombres que han enseñado a leer al pueblo argentino y cimentado su cultura y hacer el elogio de los que lucharon por volver al país a la barbarie en que se encontraba antes de la Semana de Mayo.” (*La tragedia...*: 417)

Resulta evidente que, al abordar estas cuestiones, todo el dispositivo axiológico del autor cruje sin remedio: ¿concibe la gesta de Mayo como una bisagra positiva o negativa?; ¿cuál es su posición frente a la civilización?; ¿cuál son, en suma, sus ideas sobre los tiempos argentino y universal...? Es claro que la elaboración villafañana combina, de manera cada vez más desgarrada, una fuerte pero problemática adscripción al ideario liberal-civilizador-industrialista con una retórica visiblemente anti-materialista y cuasi contraria a la

modernidad, según la cual la prosperidad y la riqueza conducen ineluctablemente a la corrupción, y ésta última a la esclavitud (recuérdense sus consideraciones acerca del filisteísmo de las metrópolis, sus elogios a la austeridad provinciana, su opción por la idealidad en contra de la materia, etc.). Pero, ¿de qué manera se enlazan en Villafañe estos haces de significados? Aproximarnos a ciertas zonas de su obra *El destino de Sudamérica* (1944) será de utilidad para delinear un mejor planteamiento del problema. *El destino...*, que en más de un sentido es una elaboración radicalmente heterogénea, contiene largas páginas donde se celebran los logros civilizatorios de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), de cuyo directorio Villafañe era miembro en aquel despuntar de los años cuarenta. Varias de esas páginas son discursos que Villafañe pronunció en ocasión de la inauguración de algunas estaciones de servicio del Automóvil Club Argentino (ACA) en lugares alejados y remotos del país. En todos esos casos, se esmera en destacar que la acción inteligente de las entidades (YPF y ACA) debe considerarse como un nuevo *despertar del progreso material argentino*, al cual juzgaba detenido desde hacía treinta años. Cuando se inauguró la estación de servicio “Resistencia”, en el Chaco (28 de agosto de 1943), Villafañe pronunció un discurso durante el cual rozó, al menos por un instante, el gesto romántico de fascinación respecto de la supuestamente superada época de la barbarie: al contrario de lo que sucede en el presente de la enunciación, había en aquellos buenos viejos tiempos bárbaros simpleza, salud, vigor, desinterés, fortaleza. Sin embargo, tras ese impulso inicial, señaló:

“No se piense, por lo que acabo de decir, que reniego del riel, ni de la ciencia, ni de los adelantos de la vida civilizada, *aunque tenga tanto de cierto aquello de la Biblia: aumenta tu ciencia y aumentará tu desgracia*. Sin ferrocarriles, sin telégrafos, sin escuelas, colegios ni universidades, hubiéramos vegetado en la miseria moral y material en que vivimos hasta después de del año 1852 (...) Nunca habremos de lamentar lo suficiente, que las cosas indispensables para nuestro progreso, se hicieran mal desde el arranque, *si bien hubiese sido mucho peor que no se hicieran.*” (*El destino...*: 206-207; nuestras cursivas)

A nuestro entender, el fragmento muestra que Villafañe desea la civilización, aunque la entiende de una manera peculiar; en cierto sentido, busca “ponerle condiciones”. A diferencia de los “padres fundadores”, Villafañe le sustrae a la idea al menos dos elementos claves, cuales son el librecambismo y la promesa de una igualdad plena en el futuro. Mantiene, sin embargo, la actitud favorable al progreso material y al enriquecimiento y agrega a ella el afán industrializador y el reclamo regionalista. La tensión a la que venimos haciendo referencia se liga con la emergencia constante de otra imagen, presumiblemente vinculada tanto con la formación católica de Villafañe como con su condición de hombre del Interior (anhelante a la vez que receloso de la prosperidad rutilante del puerto), esto es, su certeza de que el oro inevitablemente corrompe y envilece. La “solución” que ofrece Villafañe a este conflicto se orienta a procurar apresar la idea de civilización dentro la órbita de los valores tradicionales -

católicos, jerárquicos, conservadores-, operación que, sin embargo, jamás lo lleva a abandonar su preocupación por el bienestar de todos los argentinos, concebido éste como posible en la convicción de que bajo un gobierno honesto e ilustrado no habría demasiado lugar para conflictos entre connacionales. De este modo, le resulta posible sostener, aunque es cierto que de manera problemática, la imagen de un progreso material enmarcado en los contornos de la más exigente moral. En términos generales, la “solución” villafañana remite a una zona gris identificable en la misma tradición bíblica, esto es, al crucial problema de la relación entre riqueza material y salvación del alma. Es cierto que en el Antiguo Testamento se consigna que Dios promete la abundancia material al pueblo de Israel y se delinearán varias figuras en las que se puede apreciar una coexistencia no problemática de ambos rasgos (Abraham, Jacob; muy especialmente Salomón, el más opulento y sabio de los reyes de Israel); no obstante, es también cierto que en otros lugares, ubicados más que nada en los Evangelios, es posible detectar una serie de sentencias que parecen cuestionar la referida compatibilidad; por supuesto, la más famosa de ellas es aquella que indica que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico al reino de los cielos (véase, por ejemplo, Mt. 19, 23-24). Así pues, todo indica que la “solución” villafañana, mayormente orientada hacia la postulación de un equilibrio que admita la posibilidad de una coexistencia aproblemática entre opulencia y virtud, procura ser una solución verdaderamente *salomónica* al problema; sin embargo, veremos enseguida que esta interpretación tiene límites, y que las cosas vuelven a enredarse.

*El destino de Sudamérica* nos interesa también por otras cuestiones. Unas líneas atrás señalamos que el conocimiento, por parte de Villafañe, de la demanda judicial de Eugenio Regaldie pudo haber contribuido de manera decisiva a vigorizar sus disposiciones anti-imperialistas, volviéndolas medulares. En las partes primera y última de *El destino...*, articula esta creciente propensión con nuevas lecturas, en especial, con *El judío internacional*, de Henry Ford, y con *El drama de Sudamérica*, de John Gunther. La primera aportación del volumen villafañano lleva por título *El porvenir de Sudamérica* y se despliega bajo la égida de un epígrafe significativo, tomado del Evangelio según San Mateo –“los últimos serán los primeros”–, mismo que ya había utilizado años atrás para referirse a la situación de las provincias postradas. Pero ahora articula su preocupación por el desarrollo industrial y por el equilibrio regional con una sensibilidad marcadamente latinoamericanista. Plantea las cosas en términos de encrucijada fatal y anuncia una nueva epopeya emancipadora para el continente. En un pasaje de indudable sabor vasconceliano, afirma:

“Este será el siglo de la América Latina, jardín del planeta, reservado por Dios para cimiento definitivo de la justicia y del amor, cuyo triunfo, según todo lo anuncia, se avecina y llega a este valle sembrado de cenizas y de lágrimas. Nuestro continente se verá entonces convertido en el paraíso terrenal.” (*El destino...*: 15)

Esto en lo que hace a la posibilidad de una resolución positiva de la encrucijada. Pero *El destino...* contiene uno de los diagnósticos más oscuros que sobre la situación de la América Latina se hayan trazado jamás. La larga cita que sigue es capital y hemos renunciado a intentar su paráfrasis; estamos seguros de que el lector sabrá disculpar su extensión así como el carácter algo entrecortado que le ha impreso nuestra selección:

“La peor de las tiranías que ha sufrido el género humano, es la que ha exprimido la sangre y el sudor de las masas en el siglo pasado y en el presente, con capitales que, directamente o bajo las formas de sociedades anónimas, han amontonado los tesoros más cuantiosos del mundo, en provecho de unos cuantos accionistas de las Bancas europeas y de Estados Unidos (...) El poder de estos capitales es tal, que forman lo que puede llamarse un Super-estado dentro de las naciones más poderosas, porque, desde la sombra, influyen en forma decisiva en la política de reyes, Presidentes y Congresos, que obedecen sus órdenes y siguen sus aspiraciones (...) *Los argentinos, no hemos escapado a la suerte de los países esclavos. ¡Y cuán pocos saben que lo son! ¡Y cuán numerosos los que admiran y se inclinan ante los que les ajustan un dogal al cuello! (...)* Pero todas las esclavitudes tienen por origen la ignorancia, la falta de cultura espiritual y científica que condena al hombre a la servidumbre de los más preparados, inteligentes, laboriosos y activos (...) Conviene señalar y repetir que éste es el mal que aqueja en forma aguda a los pueblos sudamericanos, con un setenta por ciento de analfabetos algunos de ellos (...) Los países de Sudamérica se encuentran infestados de intelectuales de talento que venden o tratan de vender a sus patrias como pueden –con el pretexto de concesiones de ferrocarriles, de Bancos, de empréstitos innecesarios para todo género de obras públicas- (...) Los empréstitos argentinos hasta cincuenta años atrás, eran indispensables para cimentar nuestro progreso. Hoy no tienen excusa, porque al país, le sobran capitales congelados y muertos sin destino por sumas fantásticas. La plaga de los estafadores de pueblos, común al continente Sud Americano, ha sido creada y fomentada desde afuera, de medio siglo a esta parte (...) Mil veces preferible la muerte, a soportar la humillación de saberse siervos de extraños, que nos desprecian como a seres inferiores (...) La obra de los grandes de la conquista y de la emancipación, se encuentra deshecha por la muerte moral de sus hijos. Todos los países de Centro América y Cuba, se encuentran en iguales condiciones o peores acaso, porque en Puerto Rico ‘La Unión’ asume la responsabilidad de lo que hace. En los otros países, opera por medio de sicarios elegidos entre los peores hijos de la tierra, que desempeñan el papel de Judas, como los cipayos de la India (...) Sud América, es un cementerio en que sólo viven los que descansan bajo de tierra y escribieron con su sacrificio un pasado de grandeza. ¡No hay lágrimas para llorar tanta desdicha!” (*El destino...*: 275-280; nuestras cursivas)

Uno de los apartados finales de *El destino...* lleva por título “Augusto César Sandino”; Villafañe traza en esas páginas un rápido pero intenso panegírico del héroe nicaragüense, colocándolo en el mismo nivel en que había situado a San Martín, Bolívar y Benito Juárez. Del encomio deriva una certidumbre y un llamado a la acción, al que es preciso atender pues constituye el contrapeso del pasaje anterior, manteniendo abierta la posibilidad de una resolución positiva de la fatal encrucijada:

“Sandino no ha tenido imitadores, y el miedo y el interés han hecho el silencio sobre su nombre, que ha debido ser cantado por todos los poetas del continente. Su figura se yergue solitaria en la cumbre más alta de su patria como el Cristo de los Andes en la Cordillera que baten los vientos y las tempestades. Su corazón fue cáliz donde se mezclara la esencia de lo más puro de los corazones nobles de España y América. *Pero los Cristos no mueren; resucitan y, tarde o temprano triunfan (...)* ¡Sandino no ha muerto! *Su mirada de mártir (...)* ordena a la juventud que llega, guerra sin cuartel, a la Bolsa de Nueva York y demás capitales extranjeros que comen la sangre de sus patrias con los trusts del petróleo, del azúcar, del café, de la banana, de la goma, del algodón, de la carne, del trigo, de la electricidad y de los minerales, -de Méjico al Cabo de Hornos (...) *El dilema es, o la esclavitud, o la lucha hasta el triunfo, o la muerte con honra (...)* Hoy los hombres que se sientan capaces de defender la dignidad de sus mujeres y el porvenir de sus hijos, deben apresurarse a fundar la Logia Sandino.” (*El destino...*: 281-285; nuestras cursivas)

En definitiva, en este Villafañe todo se reduce a un problema de *valor moral*. Considere el lector este pasaje, que revela, una vez más, cuán fuerte es en Villafañe el componente nativista y la desconfianza y ambivalencia que suscitan en él el enriquecimiento, la prosperidad y la “civilización”:

“El General San Martín, en 1819, en instantes sombríos, decía a su Ejército: *‘Si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con las bayetitas que nos trabajan nuestras mujeres y si no, andaremos en pelotas, como nuestros paisanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa. Yo y vuestros oficiales, os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavo de los maturrangos. ¡Compañeros! ¡Juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre o morir con ellas como hombres de coraje!’* Que recuerden estas palabras los mandatarios medrosos, si bien la mayor parte de los entregadores, son seres venales y cotizables.” (*El destino...*: 29-30; esta vez, las cursivas son de Villafañe y están puestas para destacar las palabras de San Martín)

De manera que más vale ser pobre y libre que rico y esclavo. Nuevamente se trata de aceptar el progreso material *si y sólo si* se consigue apresarlo en un rígido marco normativo, que en este caso tiene que ver nada más y nada menos que con la libertad. Lo expuesto hasta aquí puede dar la impresión de que en *El destino...* Villafañe ha abandonado por completo el tópico de la excepcionalidad argentina. Concluir esto no sería por completo inadecuado toda vez que el diagnóstico sombrío y la fatal encrucijada referidos atañen a toda Sudamérica, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos. Sin embargo, en las últimas páginas del volumen vuelve a encontrarse la imagen, aunque articulada ahora con un notorio anti-norteamericanismo. Así, después de recordar la propensión expansiva que había caracterizado a la política exterior norteamericana, señala:

“El *único* pueblo [de Sud América] que se ha salvado de la conquista por la violencia, la mentira y el oro, es la República Argentina y de ahí la ira de los que mandan en la Unión. Los tiene fuera de sí, el hecho de que este país exporte artículos de toda clase a los demás países del Continente. Este privilegio, según ellos, está reservado exclusivamente para Estados Unidos. ¿Qué persigue Cordell Hull con la ofensiva que

acaba de renovar contra la República Argentina con el ridículo pretexto del discurso del Coronel Perón? Vejar a este país con la guerra económica, en la creencia de que se someterá lo mismo que los demás países del Continente. Cree también acaso en la posibilidad de llevar al poder un gobierno títere, sin darse cuenta de que aquí, el pueblo colgaría de una horca en la Plaza de Mayo a los traidores que se prestaran para desempeñar el rol de Presidentes de Centro América, Cuba o Puerto Rico. Se ha equivocado completamente. Desde luego, en respuesta a sus desplantes de déspota olímpico, el gobierno argentino ha ascendido al Coronel Perón a Vicepresidente de la República. Le ha allegado amigos que no tenía. Ha afianzado la revolución de Junio. Que pierda la esperanza de que ha de someter al pueblo argentino con desplantes y bravatas ni con la violencia.” (*El destino...*: 314-315; nuestra cursiva)

Estas consideraciones fueron formuladas poco después de la revolución de junio de 1943 y al calor de la presión que ejercían los Estados Unidos sobre la Argentina, en particular a través de Cordell Hull, para que el país rompiera relaciones con el Eje, hecho que se produjo en los primeros meses de 1944. Como indica Cristián Buchrucker (1987: 279ss.), el golpe que depuso a Castillo parece haber tenido origen en la desafortunada elección por parte de éste y de la coalición conservadora que lo sostenía del candidato que iría a sucederlo, el magnate azucarero Robustiano Patrón Costas. Cuando se conoció dicha designación, varios sectores manifestaron su descontento y algunos conspiraron, entre ellos el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), del que era miembro activo el entonces Coronel Perón. Distingue Buchrucker tres tendencias o “partidos militares” dentro del complejo proceso que desembocó en la movilización popular de fines de 1945 y en el triunfo electoral de Perón a principios de 1946: la línea del “nacionalismo restaurador” (más influyente en los meses que siguieron al golpe); la tendencia nacionalista populista (que logró imponerse bajo Farrell y cuya cabeza vino a ser Perón); y el grupo de los oficiales aliadófilos, más próximos al conservadorismo y al radicalismo anti-personalista. No hemos hallado consideraciones críticas de Villafañe con respecto a la gestión del presidente Castillo (pareciera que éste le disgustaba bastante menos que Ortíz) aunque, como se desprende del pasaje anterior, la revolución de junio pareció entusiasmarlo, quizás tanto como las primeras declaraciones públicas de Perón. Más allá de la innegable utilidad heurística que posee la distinción propuesta por Buchrucker entre nacionalismo restaurador y nacionalismo populista, no resulta sencillo ubicar a Villafañe de manera unívoca en una u otra tendencia. De un lado, su elitismo así como su identificación con el uriburismo y con sectores del nacionalismo católico lo aproximan a la primera vertiente; de otro, su creciente anti-imperialismo, su incipiente latinoamericanismo y su constante énfasis en la industrialización, en la defensa del trabajo nacional y en la imagen del bienestar de todos los argentinos lo acercan más a la segunda. Por otra parte, Villafañe prácticamente deja de escribir en este tiempo, lo que impide calibrar con precisión el desenvolvimiento de sus tomas de posición con respecto al nuevo movimiento. *El destino de Sudamérica* es su último libro consagrado de manera directa a la “realidad argentina”. A principios de los años cincuenta publica todavía dos obras, consagradas a temas regionales y evocaciones

nostálgicas: *Motivos de la selva y la montaña* (1952) y *Las mujeres de antaño en el Norte Argentino* (1953). Así, en la medida que sus puntos de vista acerca del primer peronismo no fueron explícitamente formulados, sería ocioso preguntarse sobre su índole y significación; sin embargo, si se hiciese el experimento imaginario de proyectar hacia adelante algunos de los elementos presentes en sus aportaciones de 1943 y 1944, podría pensarse que postular una eventual intersección entre ciertas dimensiones sustantivas de su prédica y algunos de los elementos constitutivos de lo que, de manera harto compleja, se fue conformando como la ideología del peronismo, no constituiría un ejercicio del todo extravagante. Sin embargo, con esto no se avanzaría gran cosa. Como recuerda Buchrucker (loc. cit.), el peronismo ha de interpretarse como la síntesis de un proceso sumamente intrincado, que incluso llegó a sorprender y desorientar hasta a quienes parecían tener con él los más obvios puntos de contacto, al punto de poder ser vistos como sus (en cierto modo involuntarios) precursores.

Para cerrar este apartado redondeando algunos de elementos sobre los que hemos intentado llamar la atención, considérese el fragmento que sigue:

“Estados Unidos debe recordar la suerte del Imperio Romano. Al día siguiente de la conquista del mundo, cayó deshecho por la podredumbre moral que le inoculara el oro de los pueblos vencidos, porque los que se enriquecen con el atropello a los débiles, llevan en la frente el signo de Caín. Sólo vive y dura en este mundo, lo que se cimenta sobre la moral y la justicia. ¡*Quiénes tienen la audacia de hablar de confabulaciones siniestras de los argentinos!* Estados Unidos carece de autoridad moral para invocar a su favor la fe y la honradez en sus relaciones internacionales.” (*El destino...*: 320; esta vez las cursivas son de Villafañe)

Además del notorio cariz anti-norteamericano, cabe retener de este pasaje dos elementos: el desplazamiento a una escala universal de la imagen referida a la existencia de una corriente venenosa en la estirpe (aquella que lleva en la frente “el signo de Caín”) y una nueva y muy clara afirmación acerca de la invalidez de los logros materiales que no cimientan en la moral y la justicia (la podredumbre moral conduce a la caída). En relación con esto último, cabe preguntarse qué respuesta ofrece Villafañe al interrogante de por qué hay pueblos poderosos y pueblos débiles. En algunos pasajes, bastante numerosos por cierto, acude a la tradición aristotélica y a los puntos de vista propios de varios de los autores que solía frecuentar (Taine, Renan, muy especialmente Le Bon), para decir que la dominación económica “es el castigo que el destino inflige a los pueblos sin moral ni cultura” (*La tragedia...*: 414), o para sostener que, “como decía Aristóteles hace miles de años, es imposición de la naturaleza que los hombres más inteligentes y cultos sometían a la condición de esclavos, a los inferiores en talentos y prendas morales” (*El destino...*: 24-25). Corresponde poner de relieve que esta última posición, en la cual se asocian directamente poder y virtud por un lado y destino ínfimo e inferioridad

moral por el otro, se relaciona de manera más que problemática con aquella otra hace un momento referida según la cual puede haber -y hay- poderes inmorales, condenados a la descomposición justamente por su inmoralidad. Es claro que el tema de la muerte de las civilizaciones se liga en Villafañe tanto a la tradición clásica (en numerosas oportunidades se refiere a Jenofonte, Suetonio, Tácito, Tito Livio, etc.) como al género apocalíptico y, en estrecha relación con éste, a la idea de que los poderes terrenales están bajo el control de Satanás. Todo esto impide considerar, sin más, las posiciones de Villafañe como equivalentes a las de Lugones; en el poeta, antihispanista radical y, hasta donde sabemos, reacio al catolicismo, el problema de la potencia dejaba simplemente fuera de su órbita consideraciones morales o en todo caso las subsumía dentro de sí.

\*\*\*\*\*

Aun debemos encarar con minuciosidad la dimensión que más nos interesa del pensamiento de Villafañe: su visión de la historia, la concepción del tiempo que le subyace. En el trayecto hemos señalado sus componentes más significativos, resta delinear ahora una articulación. En sus textos de los años veinte, Villafañe distingue en la historia argentina dos grandes fuerzas espirituales que han luchado encarnizadamente entre sí: por una parte, la que encarna el espíritu de la Colonia, que derriba a Rivadavia, es vencida en Caseros y revive con Yrigoyen; por la otra, la que alumbra la cultura nacional con el Congreso del año 26 y se prolonga en la Constitución del 53, en las presidencias fundacionales y en quienes resisten, en el presente de la enunciación (en este caso la coyuntura preelectoral de 1928), “la vuelta de los que sueñan con gobiernos rebañiegos y anacrónicos, que no son más que las últimas manifestaciones del alma del inquisidor, del gaucho y del indio, debatiéndose en supremo paroxismo para detener la marcha de la cultura argentina.” (*La miseria...*: 44-45). Hasta aquí, Villafañe se revela como tributario de la tradición liberal-civilizatoria argentina. No es preciso volver a señalar aquí los rasgos principales de dicha tradición; sólo recordemos que, con todos los matices que se quiera, adherir a ella supone adscribir a un conjunto de ideologemas típicos: anti-hispanismo más o menos suave; marcado anti-rosismo; vigorosa nordofilia; concepción lineal y ascendente del tiempo; relativo optimismo hacia el porvenir; énfasis en las ventajas de la inmigración europea; seguridades acerca de una prosperidad económica virtualmente infinita apoyada sobre todo en las extraordinarias riquezas del suelo; promesa de una apertura gradual de la dinámica política (“de la república posible a la república verdadera...”), etc. Pero es Villafañe un liberal-civilizatorio peculiar, cuya tributación a dicha tradición es sumamente compleja y problemática. En primer lugar, Villafañe no comparte su librecambismo económico; en segundo, transpone la imagen del paso de la república posible a la república verdadera a una clave sustractora; en fin, y esto es de vital importancia para nuestros fines, tiende a quebrar, a partir de su notorio impulso catastrofista y de manera sistemática, la

concepción lineal-ascendente del tiempo propia de la referida tradición. Hemos abordado los primeros dos aspectos; consideremos ahora el último. Las tensiones comienzan a hacerse evidentes desde el mismo momento en que procura articular sus afanes proteccionistas con la defensa de intereses regionales. La operación busca introducir la contraposición Interior/Puerto (y otros binomios emparentados) a un marco discursivo hasta entonces regido por la pareja civilización/barbarie, jamás cuestionada, al menos de manera directa. Resulta evidente que la articulación entre la concepción del tiempo lineal-ascendente, propia de la tradición liberal-civilizatoria, y la imagen según la cual la historia argentina no ha sido otra cosa que un conflicto de intereses entre los hombres de Buenos Aires y los de las provincias no es sencilla, ni automática, ni necesaria; antes bien, sucede lo contrario. Aquí corresponde traer a colación los esfuerzos de Villafañe por articular tiempo y espacio de una manera acorde a sus afanes: las provincias conservan mejor el alma nacional, los últimos serán los primeros, etc. Una tensión adicional, derivada de ésta, se liga con las claras disposiciones mitristas de Villafañe, presumiblemente ligadas a tradiciones familiares y regionales, antaño unitarias y enseguida antiroquistas. Se sabe, en la tradición argentina no es sencillo articular federalismo y mitrismo; es posible apreciar algunas vías que intentan hacerlo en la obra de Villafañe, a saber: hacer caso omiso a los juicios que vertiera Mitre-historiador vertiera sobre Artigas, Güemes y otros caudillos; tornar compatibles las figuras de Urquiza y de Mitre; convertir a este último en paladín de la unión nacional; obviar toda referencia a su ligazón con los intereses de los sectores privilegiados de Buenos Aires (tantas veces puesta de relieve por los críticos del porteñismo, empezando por Alberdi quien, como sabemos, veía en él, lisa y llanamente, a un continuador de la política de Rosas). Ahora bien, es posible decir que la toma de partido por el Interior en contra la metrópoli filistea puede perfectamente, aunque no de manera mecánica ni necesaria claro está, marchar al encuentro del nativismo y que éste puede, a su vez, derivar en posiciones anti-modernas y hasta anti-civilizatorias. Así, a la imagen liberal-civilizatoria de la historia argentina de la que Villafañe es, en principio, tributario, se opone otra, también defendida por él mismo, según la cual la propensión a copiar instituciones extrañas es conceptuada ni más ni menos como un pecado original, la Constitución contiene errores nefastos que es preciso rectificar, la educación moderna conduce a la más desastrosa descomposición moral... Desde esta perspectiva y examen de conciencia mediante, todo debe ser sometido a revisión y rehecho...

En suma, si nos viésemos frente a la obligación, ciertamente incómoda, de etiquetar a Villafañe en lo que se refiere a sus ideas sobre la historia política argentina, diríamos que su pensamiento es, casi al mismo tiempo, liberal-civilizatorio/mitrista/federal/proteccionista/nacionalista nativista y propenso a posiciones anti-imperialistas (éstas últimas marcadamente acentuadas y cada vez más articuladas con puntos de vista latinoamericanistas en sus escritos de principios de los años cuarenta). A esta altura del desarrollo, no hace falta insistir en las tensiones que supone tan particular combinación de sensibilidades. En efecto, ¿cómo articular, en una misma elaboración

discursiva, las contraposiciones civilización/barbarie; interior/puerto; nación (a veces nación latinoamericana)/ imperio...? A lo largo del recorrido hemos visto algunos ejemplos de estas oscilaciones y hemos propuesto la hipótesis de que la “solución” que intenta dar Villafañe al conflicto que se plantea entre esos haces de significados en tensión reside en un esfuerzo por enmarcar, en el plano simbólico, el progreso material, la riqueza y la civilización dentro del contorno de la más severa moral. En este punto, quisiéramos insistir sobre el destacado papel que sobre su pensamiento ejercen ciertos temas religiosos y, más que eso, cierta matriz primordial derivada de la tradición católica. Este rasgo diferencia claramente a Villafañe de los intelectuales y tribunos que hemos estudiado hasta ahora. Sus recurrentes alusiones a la estirpe de Caín (primero en relación con la historia del país, después en relación con la historia universal), su insistencia en el uso de nociones tales como pecado, culpa, examen de conciencia, expiación, redención, etc. son claros indicadores de esto. También lo es, qué duda cabe, su elogio permanente de las virtudes sencillas y de la austeridad, actitud que lo lleva a desconfiar del progreso material que tanto desea para su región, para su país y para su continente, y que empalma con aquella vertiente de la tradición católica que postula la inmoralidad de la riqueza. En fin, su impulso catastrofista, su idea de tiempo-encrucijada, su noción de que sólo a través de la desgracia puede accederse a la redención –aspectos no reductibles a pero sí estrechamente emparentados con el género apocalíptico- vienen a decir que no es posible desgajar su visión de la historia y su concepción del tiempo de un catolicismo matricial. Por supuesto que esta propuesta interpretativa no resuelve todos los problemas que presenta la obra villafañana –extraordinario lugar de encuentro de haces de significados que suelen ser considerados como radicalmente incompatibles-; empero, proporciona una clave intelectual de innegable importancia.

Ahora bien, ¿cómo calibrar la significación de la obra de Villafañe desde la perspectiva de una contribución a la historia de la idea de fracaso argentino? A nuestro entender, es claro que Villafañe es un especialista cabal en nombrar los males del país. Ello puede comprobarse prestando atención a los títulos de sus obras, al tono severo e inflamado de su prédica, a su propensión a adentrarse en los meandros de la enfermedad y la muerte colectivas, en suma, a ese catastrofismo cuasi-apocalíptico que distingue sus elaboraciones y que suele resolverse en la postulación de fatales encrucijadas, pocas veces abiertas a resoluciones positivas. ¿De qué manera encara Villafañe el problema de la explicación del mal? Considerando sus textos tempranos pudiera decirse que, en principio, la mala política económica es producto de la incapacidad y de la falta de ideales de una dirigencia política que gobierna no para todo el país, sino para una región particular del mismo, la más poblada, esto decir, la que alberga un mayor número de votantes. A su vez, tal desidia es manifestación de un conflicto esencial (Interior/Puerto; Idealidad/Materia) y se encuentra ligada a deficiencias culturales generales, tema a su vez articulado con el tópico de la dualidad de la estirpe, primero pensado en analogía con el mito de Orestes y luego con el fratricidio del Génesis. Sin embargo, más allá de la aparente claridad de estas fórmulas sintéticas, la

concatenación causal propuesta por Villafañe no deja de ser confusa, y de modo invariable desemboca en planteamientos tensos y contradictorios. Una cosa es afirmar, como Villafañe tiende a hacerlo de manera predominante, que el mal es producto de la incapacidad de la *actual* clase dirigente (politiquería, demagogia, etc.); otra muy diferente es sostener, como no deja de hacerlo casi nunca (aunque, después del abandono de la referencia a Orestes, en un sentido que parece ser ante todo retórico), que al pueblo argentino lo persigue un *sino perverso* ligado a pecados originales; en fin, todavía es distinto colocar el acento, como lo hace ocasionalmente primero, y cada vez más intensamente después, sobre el poder del “oro extranjero”, sobre su capacidad para manipular a la clase dirigente local, siempre dispuesta a anteponer la consolidación de sus privilegios al interés de la nación. Como es relativamente simple advertir, el primer camino puede conducir a posiciones nostálgicas y decadentistas y, eventualmente, a la postulación de encrucijadas que dejen abierta la posibilidad de retomar la senda perdida; el segundo, ciertamente menos transitado en su obra, lleva casi inexorablemente a un fatalismo del que muy difícilmente haya salida; el tercero encuentra articulación natural con el primero, aunque lleva las cosas a otro terreno y a otra escala, dando lugar a la exploración de posiciones nítidamente anti-imperialistas y latinoamericanistas. De manera oscilante, Villafañe se siente atraído por las tres variantes explicativas del mal. Nuestra hipótesis de trabajo es que el mayor o menor relieve que estas alternativas adquieren cada vez depende no tanto de alguna eventual transformación en su pensamiento, sino más bien del núcleo problemático abordado, incluso, de cuestiones retóricas que tienen que ver con la especificidad de cada situación de enunciación y, por supuesto, de los atributos de cada uno de sus “auditorios”. Por supuesto que no pocas veces “las coyunturas” propiciaron que Villafañe abordara unos temas y no otros, enfatizando en particular ciertos núcleos problemáticos; sin embargo, cualquier conjetura sobre una transformación significativa en el núcleo de sus posiciones, haya sido ésta gradual y casi imperceptible como en Ayarragaray, o brutal y autoproclamada como en Lugones, tiende a desvanecerse una y otra vez frente a la evidencia de una coexistencia abigarrada que trasciende circunstancias, situaciones y contextos. Así pues, en general, y especialmente en relación con el aspecto que más nos importa, que es el relativo a su concepción del tiempo, nuestra propuesta de lectura busca resaltar la presencia de una matriz intelectual poderosa, mas no por ello exenta de tensiones, que se mantiene con algunas variantes a lo largo de casi tres décadas. El abandono de la referencia al mito de Orestes y del antihispanismo efímero con el que se articuló; sus pasajeros raptos de optimismo en torno a los golpes de 1930 y 1943, y la centralidad cada vez más notoria de la disposición anti-imperialista y latinoamericanista son tal vez las más significativas de esas variantes que, en nuestra opinión, no llegan a alterar los aspectos medulares de su concepción del tiempo. Reiteramos: con esto no estamos sugiriendo que primen la claridad y la coherencia; por el contrario, lo que a lo largo de un cuarto de siglo se mantiene casi igual a sí mismo es el intrincado racimo de tensiones y cuestiones irresueltas que hemos intentado

exhibir y, en la medida de lo posible, desentrañar. Así pues, considerando el conjunto de la obra villafañana, puede sostenerse que predomina en ella una concepción del tiempo susceptible de ser caracterizada del modo siguiente: el pasado lejano visto como herencia dual (las “dos corrientes de la estirpe”, énfasis que lo distingue, por ejemplo, de Lugones); el pasado próximo como descomposición o decadencia; el presente como instante sombrío, grave y putrefacto; el futuro como catástrofe inminente; en el mejor de los casos, como encrucijada enigmática, cuya resolución positiva sólo quedaría abierta por una ineluctable intensificación de las desgracias y calamidades, tema éste último apocalíptico por excelencia.

Debiera entonces haber quedado claro que la concepción del tiempo villafañana ha de interpretarse de manera análoga a la desplegada por el Lugones jerárquico, es decir, como un quiebre innegable en relación con la tradición liberal-civilizatoria argentina, de la que cual ambos son por cierto tributarios problemáticos, pero con la que no comparten una dimensión crucial: la concepción lineal-ascendente del decurso temporal, la certeza sobre una coincidencia próxima entre las esferas de lo deseable y lo inminente. Ni en Lugones ni en Villafañe hay lugar para optimismos ni celebraciones. Pero sus elaboraciones tampoco son homólogas a la que entretejió Ayarragaray; lejos de la melancolía estéril de éste último, aquéllos, más allá de las importantes diferencias que obligan a no confundirlos, parecen reclamar a gritos un cambio de rumbo, postura que en cierto sentido no termina de abandonar por completo la idea de un destino de grandeza, propia de la *ilusión argentina*. Más aun, en la medida que Sarmiento, Alberdi, el Lugones del período jerárquico y Villafañe consagran sus esfuerzos a trazar diagnósticos más o menos sombríos, intentando dar cuenta de ellos para proponer enseguida terapéuticas tendientes a superarlos, se podría decir que sus operaciones simbólicas son, en más de un sentido, análogas. Lo que las diferencia es lo siguiente: mientras que el Sarmiento del *Facundo* y el Alberdi de las *Bases...* están seguros del éxito de la intervención que proponen sobre el tiempo argentino (el diagnóstico es sombrío, pero por una operación simbólica tan arbitraria como vigorosa, el porvenir resulta entrevisto como el *locus* de encuentro entre lo deseable y lo inminente), el Lugones de los años veinte y Villafañe en general trabajan sobre la posibilidad cierta de una derivación fatal, en el presente-futuro, hacia la anarquía, la descomposición, el destino ínfimo, la intensificación de las calamidades y desgracias, en fin, la muerte colectiva. Esto es lo que vuelve a sus elaboraciones discursivas jalones decisivos en la conformación y sedimentación de la tradición intelectual abocada a la exploración del tópico del fracaso nacional.

## Bibliografía:

### a. *General*

ALONSO, Carlos (1998) *The burden of modernity. The rhetoric of cultural discourse in Spanish America*, New York: Oxford University Press.

- ANSART, Pierre (1983) *Ideología, conflictos y poder*, Puebla: Premia.
- BOTANA, Natalio (1997) *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires: Sudamericana [1984]
- BUCHRUCKER, Cristian (1987) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- DEVOTO, Fernando (2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- FAVARO, Orietta y MORINELLI, Marta (1993): “La cuestión regional en la política argentina: conflictos y alianzas (1880-1930)”, ANSALDI, W.; PUCCIARELLI, A., VILLARRUEL, J. (eds.) *Argentina en la paz de las dos guerras. 1914-1945*, Buenos Aires: Biblos.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1970) *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, México: Siglo Veintiuno.
- HERMAN, Arthur (1998) *La idea de decadencia en la historia occidental*, Barcelona: Andrés Bello.
- NEDELL, Jeffrey (1999) “Optimism and melancholy: elite response to the *fin de siècle bonaerense*”, en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Vol. 31, Part 3, pp. 551-588.
- PRIETO, Adolfo (1988) *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana.
- ROCK, David (1977) *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires: (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires: Ariel.
- QUATROCCHI-WOISSON, Diana (1998) *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé.
- RESZLER, André (1984) *Mitos políticos modernos*, México: FCE.
- SARLO, Beatriz (1988) *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Bs.As.: Nueva Visión.
- SCHEINES, Graciela (1993) *Las metáforas del fracaso. Desencuentros y utopías en la cultura argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SHUMWAY, Nicolás (1993) *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires: Emecé.
- SIDICARO, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SVAMPA, Maristella (1994) *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- VIDAL MANZANARES, César (1995): *Diccionario de Jesús y los Evangelios*, Navarra: Verbo Divino.
- WRIGHT, Ione y NEKHOM, Lisa (1994) *Diccionario histórico argentino*, San Pablo: Emecé

**b. Corpus** (obras de y sobre Benjamín Villafañe referidas en el texto)

- FLEITAS, María Silvia (1997) *El pensamiento político y económico de Benjamín Villafañe*, San Salvador de Jujuy: UNJu, Estudio preliminar y antología de textos.
- VILLAFÑE, Benjamín (1927) *Política económica suicida*, Jujuy: Buttazzoni
- (1927) *La miseria de un país rico*, Buenos Aires: El Ateneo
- (1928) *Degenerados. Tiempos en que la mentira y el robo engendran apóstoles*, Buenos Aires.
- (1932) *La región de los parias*, Buenos Aires: Cabaut.
- (1937) *Chusmocracia*, Buenos Aires: Imprenta Mercatali.
- (1943) *La tragedia argentina*, Buenos Aires.
- (1944) *El destino de Sudamérica*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Perú.
- VILLARINO, Emilio (1999) *Benjamín Villafañe. Una pasión política*, Buenos Aires: Círculo de Legisladores de la Nación Argentina. Estudio preliminar y antología de textos.

\*

Estas breves consideraciones sobre Benjamín Villafañe se basan en el *Estudio preliminar* de la antología a cargo de María Silvia Fleitas (1997). También pueden verse el artículo correspondiente del Diccionario de Wright y Nekhom (1994) y el *Prólogo* de la antología preparada por Emilio Villarino (1999).

Su gestión, que dio inicio en 1924 y se prolongó hasta 1927, contó con el apoyo de los radicales antipersonalistas y de los conservadores locales.

María Silvia Fleitas (1997: 249-253) sostiene que este rasgo distingue a Villafañe del resto de la clase política argentina de la época y, contrariamente a lo que sucede con otros aspectos de su pensamiento, es digno de ser recuperado. En palabras de la autora: “...su elitismo social y político no le impide expresar los requerimientos de una provincia y una región mantenidas en una situación marginal por las políticas centrales.” En su libro Fleitas ofrece una semblanza de la personalidad de Villafañe, una serie de consideraciones sobre sus posiciones políticas y económicas y una antología comentada de textos. Entre otras cosas, pone de relieve el hecho de que en numerosas oportunidades Villafañe actuó como vocero de la elite azucarera del noroeste (en particular tucumana), de cuyo poder económico dependía notoriamente la provincia de Jujuy. Por lo demás, y apoyándose en el conocido estudio que David Rock (1993) consagrara a la historia de los nacionalistas argentinos, Fleitas sitúa a Villafañe en el contexto ideológico de la época, notoriamente marcado por la “influencia” de pensadores como Renán, Taine, Le Bon y Maurras.

Nítido ejemplo de ello son sus apreciaciones sobre el Ministro Federico Pinedo en relación con el problema de la obra de la “Variante del Volcán”, con las que se abre *La región de los parias*. El principal objetivo de la obra era que el tráfico hacia Bolivia no se viera interrumpido en ningún momento del año; su ejecución había sido resuelta por Ley en el Senado y en la Cámara de Diputados, y, según Villafañe, también contaba con la anuencia de Justo. Pese a ello, Pinedo se oponía a la realización de la obra. En las páginas a las que hacemos referencia (*La región...: V-XII*), Villafañe acusa a Pinedo de localista (heredero de un “criterio nefasto aparecido al día siguiente de la emancipación”) y apela a su usual repertorio de imágenes intensas: la sangre de Jujuy es succionada por impuestos confiscatorios; el país debe emanciparse industrialmente de los países que lo tienen sometido a su yugo “como a las colonias de negros de África”, etc.

Según Alberto Casal Castel, los Villafañe que llegaron a América a mediados del siglo XVI estaban emparentados con los reyes de Navarra y eran sobrinos del mismísimo San Ignacio de Loyola; otras ramas del árbol familiar descendían de Juan Gregorio de Bazán, conquistador del Tucumán, de Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero, de Martín Loyola, fundador de San Luis, de Ñuflor de Chaves, conquistador de Santa Cruz de la Sierra. Ortiz de Ocampo (el primer general argentino), el padre Esquiú, los generales Aráoz y Lamadrid, el propio Alberdi, entre otros personajes ilustres, formaron parte del tronco de la familia. Su padre –en cuya casa se juró la Independencia– formó parte de la Conspiración del Norte, que se enfrentó a Rosas: entonces fue Coronel, luego Ministro en Salta y Tucumán, Gobernador en Tucumán, Rector fundador del Colegio Nacional de Tucumán, escritor... (*Prólogo a La tragedia argentina*, que lleva por título “Mensaje de la sangre” y que fue escrito con la anuencia del propio Villafañe).

En su notable esfuerzo por exhibir el horizonte de las ideas políticas decimonónicas, Natalio Botana (1997: Parte I, esp. 108ss.) explora las

distintas vías a través de las cuales algunos pensadores de la Europa posrevolucionaria procuraron tomar distancia de los “excesos jacobinos” (liberalismo moderado, conservadorismo, reacción). A partir de 1830, y en estrecha articulación con el orleanismo político y el eclecticismo filosófico, se registró un nuevo esfuerzo por conciliar las posiciones revolucionarias y las conservadoras. Dicho esfuerzo fue conocido como *la solución doctrinaria*, y sus más destacados exponentes fueron Royer-Collard, Guizot, Barante, Cousin, Jouffroy y Tocqueville, “el gran sobreviviente”. El planteamiento general de tal *solución* partía del reconocimiento de que la igualdad avanzaba inexorable y de que no había, en consecuencia, margen para resistirsele; lo mejor que se podía hacer era consagrarse a *regularla*, con el objeto de preservar la libertad, considerada como el valor supremo. De esta sensibilidad se desprendió una teoría del gobierno representativo, cuyo más nítido representante fue Guizot. Pensaba éste que los verdaderos intérpretes de la razón eran los sujetos dotados de *capacidad*. Por tanto, sólo esos sujetos capaces estaban en condiciones de desempeñar la ciudadanía y de asumir el destino colectivo. Semejante certeza le llevó a postular una arquitectura institucional organizada en torno a la idea del voto  *censitaire*, mecanismo por el cual el sufragio universal quedaba restringido a los propietarios (rentistas o industriales), únicos que, en virtud de su capacidad, poseían los derechos a elegir y a ser elegidos. Es claro que, restringiendo la igualdad a la órbita de los poseedores, la solución doctrinaria buscó encauzar su torrente, conceptuado como incontenible, manteniendo así supuestamente a salvo, y en armonía, la libertad y el orden. Cabe entonces postular que dicha postura albergaba en su interior, al menos como promesa y expectativa futuras, cierta exigencia de mayor igualdad y democracia ya que, en definitiva, su avance se entendía irrefrenable. La imagen del tránsito “de la república posible a la república verdadera”, varias veces aludida a lo largo de nuestro itinerario, es en buena medida tributaria de esta “solución” y remite, al igual que ella, a una cuestión de esperas y temporalidades.

Así describe el altercado varios años después: “...al salir del Palacio del Congreso por la puerta de la calle Rivadavia, en compañía del Diputado Doctor Mariano Demaría, que me había acompañado y defendido en la sesión con vehemencia, fuimos agredidos por grupo como de cincuenta carteros uniformados que intentaron ultrajarnos. No lograron su propósito porque nos impusimos revólver en mano”. (*La tragedia argentina*: 178; transcripción de una intervención suya durante la Honorable Asamblea Legislativa del 22 de agosto de 1940, en la cual se rechazó, contra la opinión de Villafañe, la renuncia del presidente Ortíz; volveremos sobre esto luego).

En *La región de los parias* (85-94) Villafañe transcribe los documentos vinculados a estas situaciones. Allí pueden apreciarse los malentendidos y acusaciones que llevaron a ellas así como el modo en que finalmente se resolvieron.

Villafañe apenas roza esta última cuestión, remitiendo al lector al libro de José Luis Torres *Algunas maneras de vender la Patria*.

“En la mesa de honor ubicada en el escenario, rodearon al obsequiado las siguientes personas: doctores: Jesús H. Paz (h), Roberto J. Noble, Carlos Gómez, Norberto Gorostiaga, general Juan Bautista Molina, coronel Patricio Sorondo, doctores: Martín M. Torino, Daniel Castro Cranwell, Carlos Rodríguez Egaña, Rafael Zambrano, Augusto Hueyo, Héctor Bullrich y otros, advirtiéndose en la sala la presencia de los doctores Enrique Torino, Mario Molina Pico, Héctor Sáenz y Quesada, Timoteo Oliva, Cupertino del Campo, Hernán Maschwitz, Ernesto Padilla, Máximo Paz, etc.” (En *La tragedia...*: 183)

Si hay o no, y hasta qué punto, una “disposición pauperista” en Jesús y sus discípulos es un tema espinoso, que no corresponde tratar aquí. Señalemos tan sólo que quienes piensan que no la hay, enfatizan la distinción entre pobreza material y pobreza espiritual, asegurando que el polo positivo de la axiología tiene que ver con la segunda. El problema remite a una discusión filológica y hermenéutica abierta, que obliga a considerar tanto el significado de algunos términos (*anav, ebion, dal*) como al sentido mismo de las palabras de Jesús. Consúltense los artículos pertinentes del Diccionario de Vidal Manzanares (1995), entre otras cosas. En Mt. 6, 24, Jesús dice: “No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

Véanse, en la Biblia, el episodio de la tentación en el desierto en Lc. 4, 5-8 y, muy especialmente, las Partes IV y V del Apocalipsis, donde Roma es vista como una ramera que, al servicio de la Bestia, ha corrompido a la tierra con su fornicación; también, como una gran Babilonia a la que no le espera otro destino que a la antigua.

Como vimos, en el Lugones de la segunda mitad de los años veinte, nacionalismo y latinoamericanismo entraron en fricción; en rigor, no hubo en el poeta propensiones anti-imperialistas; esquemáticamente, pudiera decirse que, a sus ojos, el *bienestar de los argentinos* iba ligado, no a la unidad latinoamericana contra el o los imperios, sino al desarrollo de la potencialidad “imperial” del propio país. Por el contrario, en el Villafañe de principios de los años cuarenta, nacionalismo y latinoamericanismo hallan articulación en torno a un marcado anti-imperialismo. No debe olvidarse, empero, que el contexto y la atmósfera ideológico-intelectual de entonces eran bastante diferentes de los que, más de una década atrás, habían servido de marco a la producción del Lugones jerárquico.

El lector interesado debiera consultar el Apocalipsis -en particular el episodio de las Siete Plagas Postreras- y los demás libros que participan del género: en el Antiguo Testamento, II Daniel; II Zacarías; Isaías 24 a 27; en el Nuevo, el Discurso de Jesús en el Monte de los Olivos, etc.

PAGE

PAGE 29